

José Urbina Pimentel

EL
PRIMER
PECCADO
y otros relatos



EDITORES



El primer pecado y otros relatos

José Urbina Pimentel

José Urbina Pimentel
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2023
PRIMERA EDICIÓN

ISBN: 9798864679074
Depósito Legal: ZU2023000147

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiudem*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

*“Relatos paridos desde las entrañas de los recuerdos, curtidos
con la tinta autentica del noble sello de la amistad”*

José Urbina Pimentel

El primer pecado

“El miedo a la lectura
no soporta la presencia de los libros”

Transcurría el año 1975. A los nueve años cursaba quinto grado en el “Hilario Pisani Anselmi”, el grupo escolar al cual había llegado dos años antes a culminar la etapa primaria, procedente de la pequeña escuela unitaria de la Loma del Pabellón, en la cual estudié el primer, segundo y segundo grado, y que lo recuerdo siempre, porque fue precisamente en aquel momento cuando cometí mi primer pecado. Un pecado con el que desde entonces, irremediablemente he tenido que lidiar durante toda mi existencia, apegado a mí como una rémora, que no me carcome, y que por el contrario, más bien me alimenta.

Bien pudiera pensarse que los años dorados de la infancia, en sus aires de simpleza, inocencia, felicidad barata y fantasía, siempre se quedan plasmados en fotos y recuerdos, acopiados en álbumes amarillentos que sirven de antídoto, cuando la nostalgia por lo vivido ataca, y que ahora, gracias a las bondades de la incuestionable tecnología y la magia virtual, en innumerables video-películas que archivan voces y movimientos, transportando ilusoriamente el pasado al presente, al alcance de todos; pero es precisamente allí, durante el transcurso de la niñez, amalgamados entre juegos, risas o llantos, casa, calle y días de escuela, donde se gestan

los sueños de vida, abriendo la brecha de los diversos caminos a transitar más adelante, propios, bien sean placenteros o tortuosos, en ese inexorable deambular que corresponde a cada realidad.

Es esa socialización primaria, germinada en el hogar, pero nutrida en el calor de los amigos, de los grupos que van surgiendo entre intereses comunes, donde el individuo crea y ve crecer sus ilusiones, esperanzas y pautas de una vida por vivir, las cuales muchas veces se llegan a concretar y otras no, en esa difícil relación y dependencia con los arcanos del destino, y la búsqueda perenne por hacer de los sueños realidades concretas. Cada individuo es una historia.

* * *

Decir que cursé segundo y segundo grado no es una redundancia, mucho menos un involuntario error de redacción, sino la “acertada” decisión de la maestra de no promoverme a tercero, a pesar de que cognitivamente dominaba holgadamente sin ningún conflicto, las diferentes competencias académicas del nivel, en cuanto a la expresión lectora, las formalidades de la escritura, el dominio de la operatividad lógico-matemática, las nociones de ciencias naturales y sociales acordes a tal grado de escolaridad, mas una destreza natural para dibujar. De hecho, precozmente había aprendido a leer, antes de ingresar a primer grado. En pocas palabras, ninguna razón de carencias de aprendizaje como impedimento para pasar de año.

Ahora bien, el “pero” estaba en que la preceptora, era nada más y nada menos que mi señora madre,

quien concienzudamente, no sé si después de unas cuantas horas de vueltas sobre la almohada o un impulso de momento, llegó a la salomónica conclusión de, en términos estudiantiles coloquiales, “rasparme”, y así, en el mismo vagón de vuelta atrás al mismo grado, como en un ciclo historiográfico griego del eterno retorno en versión familiar, de igual manera “montó” a mi hermano Alexis, quien cursaba allí también el mismo grado, solo que era diecisiete meses mayor que yo, y quien indudablemente ante tal decisión, no lo entendía de esa manera, viéndose perjudicado, y se mostró molesto, con toda razón valedera, ya que con el paso del tiempo, sus diferentes etapas de estudio, todas, injustamente se le alargaron más de lo debido.

Por lo que escuché muchas veces, sentado en mi acostumbrado asiento trasero izquierdo del *jeep* de Nino, mi padre, mamá como buena madre ultraprotectora, tomando en cuenta que nuestro ciclo en su escuela acabaría ese año al aprobar el tercer grado, intuía que yo estaba muy pequeño para irme a otra escuela a estudiar el cuarto grado, por lo que pensó en dejarme un año más repitiendo segundo, y por supuesto igualmente también a Alexis, para que cuando esto ocurriera, nos fuésemos juntos, buscando, por yo ser el más pequeño que él me protegiera. De ahí, la inconformidad de mi hermano, al sentir sacrificados sus incipientes intereses por los de un tercero. En ese momento la balanza de la “diosa justicia”, se inclinó sin un equilibrio justo hacia mi lado.

En la Loma El Pabellón, un hermoso paraje campesino ubicado a una media hora del poblado, pasé pues unos cuantos años escolares, creo que desde que tenía cuatro años, cuando mamá, temerosa de dejarnos en la casa, bajo el cuidado de la “muchacha de servicio” de turno, nos llevaba diariamente a su trabajo como maestra rural de varios grados a la vez, el cual ejerció durante todo su desempeño laboral en una de esas llamadas “escuelas unitarias”, típicas de los campos alejados donde la población no es muy numerosa.

Una de las causas de su desconfianza, fue la mala experiencia vivida conmigo, cuando por falta de medidas de higiene por parte de una de las “cuidadoras” ocasionales, contraí de bebé una gastroenteritis que me colocó al borde de la muerte, y que según se cuenta con propiedad de fe en la familia, me salvé gracias a la milagrosa presencia interventora del santo paisano Doctor José Gregorio Hernández, el buen galeno de flux y sombrero negro de los altares del devocionario popular, visto por una tía, entre la fe y la realidad onírica, deambulando con pasos silenciosos por los pasillos del viejo hospital, luego de cumplir con sus buenos oficios.

Cuestión de fe, pero ella me aseguró siempre la veracidad del milagro, incluso hasta meses antes de su muerte, confundíendome con papá en medio de una enajenación mental, sumada a un estado de ceguera total, a las cuales la había conllevado la diabetes, y que fue la última vez que la vi y pude conversar con ella, reafirmandome la necesidad de estar de vez en

cuando, cada vez que tuviera la oportunidad, visitando a Isnotú, el pueblo natal del médico prodigioso, a darle infinitas gracias por haberme devuelto a la vida, con mi milagro particular.

De esta manera, inicié mi escolarización a muy temprana edad, en calidad de “oyente” en la fila de los niños de primer grado, dentro de esa estructurada disposición de los pupitres de acuerdo al grado, ordenándolas desde primero a tercero, que de igual manera, contaba con su respectiva división por parcelas de aprendizaje para cada grado, en los dos pizarrones frontales pintados de un verde mate, en los cuales resaltaba el blanco de la cal que dejaban los trozos de tiza.

Recuerdo ahora esto, y me sorprendo de esa sagacidad didáctica para dividir los espacios y las estrategias de acuerdo a diferentes necesidades y temáticas, para que ese no muy numeroso grupo de mozalbetes aprendiéramos “bien”, que en términos psicopedagógicos rusos se traduce como “aprendizaje significativo”; algo que solo las maestras de viejo cuño, las llamadas “normalistas”, toderas del conocimiento primario, conductistas y dogmaticas en su naturaleza pedagógica hasta más no poder, sabían hacerlo con eficiencia.

Ser tan chico un “oyente” de primer grado, me trajo sus consecuentes ventajas y desventajas. Puedo decir que fue positivo porque siendo apenas un niño de cuatro años aprendí a leer y a escribir, y cuando formalmente estuve matriculado en primero, no debí preocuparme por acercarme a las cartillas del

abecedario, o al “ma-me-mi” de “mi mamá me ama, mi mamá me mima” tradicional del infaltable libro Angelito, ya que esto era “prueba superada” tiempo atrás; pero por otro lado, envidiaba a los niños de la misma edad, entre ellos algunos amiguitos del sector, que si asistían al *kínder*, palabra alemana con la cual se les llamaba para la época a estos centros de enseñanza preescolar, traducidos como “jardines de infancia”, con sus braguitas azules de pechera los varones, y de rojo las hembras, sobre una franela blanca, a los que muchas veces por las tardes, cuando regresábamos de la jornada escolar, desde la ventana del carro de papá, los veía jugando entre los columpios, los “subibajas”, la rueda y el tobogán del lindo parquecito de Acción Social, una moderna y amplia quinta rodeada de amplias áreas verdes repletas de flores multicolores, donde, ubicada precisamente cerca de nuestra casa, funcionaba uno de estos preescolares.

Los años de La Loma coincidieron pues con parte de mi primera infancia, esa de descubrir y asomarme al mundo, más allá de las paredes del hogar, y verdaderamente fueron bastante gratos, y de ellos me quedan grabadas en el mundo de los recuerdos, un cumulo de fotografías y películas mentales que muestran un hermoso campo, lleno de verdes potreros entre cafetales y árboles frutales por doquier, y flores, muchas flores a lo largo de todo el trayecto, silvestres unas, y sembradas otras, de todos colores, como dando la bienvenida a la hilera de casas que se van encontrando a la orilla de la carretera.

Aparecen además un montón de gente buena, sencilla, de sombreros de cogollo, con ropa gris y kaki de dril y franelas a lo Simón Díaz, los hombres; de vestidos de flores, las mujeres; y de niños sin uniforme, ataviados con su ropita de diario, recosida por el trajín de los años, muy comunes las franelitas a rayas horizontales, sobre cualquier pantalón y botas de caucho de un amarillo crema en días de invierno, o cotizas si lo que había era tierra y polvo en el camino, y de los cuales solo recuerdo en imágenes borrosas por el desgaste del tiempo a Maurilio, a Ramón, a Teresita y a “Toño”, a pesar de ser una “matricula” reducida; pero sobre todo personas con una gentil humildad en el trato, que les brotaba a chorros, haciéndome sentir, sin haber dormido una sola noche allí, arraigado por derecho propio, como uno más del lugar.

Alrededor de la escuela, sobraban las matas de guayabas, naranjas, guamas, pomarrosas, mangos, cambures, los infaltables nísperos, y tal cual fresa o mora silvestre, evitando eso sí, dejarse atraer por los pequeños “furuís”, pequeñas fruticas dulces, que al consumirse unas cuantas, emborrachan y en el menor de los casos provocan adormecimiento, náuseas y dolor de estómago, algo parecido a los efectos desagradables que produce tragar chimó, como me ocurrió muchos años después por una incómoda situación donde no me quedo otra alternativa que engullirme de una la “peya” completa, aun consciente de lo que se me venía encima, y que lo bueno entre lo malo fue que me “curó” para mas nunca

acercarme a esa práctica tan común de las noches de esquina o plaza con los amigos de pueblo, y que las ciudades grandes no entienden o desconocen, viéndola como una práctica desagradable..

Toda una diversa frutería ambulante dispuesta a la vuelta de la esquina, con la cual nos dábamos unos verdaderos atracones, bien en el recreo, o después del almuerzo, sobre todo con los compañeritos que vivían mas retirados y no regresaban a sus casas, sino después de culminada la jornada, y a quienes a pesar de traer su respectivo avío para almorzar, contentivo de sus respectivas arepas de “maíz” “embutidas” de alguna guarnición, les quedaba espacio suficiente para cualquier suplemento adicional. Es que cuando muchacho, por generalidad “la edad de los sanos glotones”, el estomago suele ser inllenable.

Algunos de estos frutales estaban a la vera del camino, a disposición del marchante, y otros en terrenos cercados, pero que igual servían para saciar las ganas por uno de estos buenos manjares, ya que estaban ahí, como prestos a la espera de cualquier oportuno invitado, que haciendo caso omiso a la rudimentaria cerca de alambre de púas, compitiera con las ardillas, los “faros” y el sin fin de pájaros de cuanto color pueda imaginarse. Eso sí, entre tanto árbol junto, había que distinguir bien la presencia de alguno escondido del venenoso “pepeo”, para no darse una buena irritada de la piel, que lo alejara de los pupitres por unos cuantos días, mientras el escozor fuera insoportable. Gracias a Dios, nunca me “cayó”.

Era práctica común que los lugareños, agradecidos con la buena maestra, o mejor dicho la “comadre”, ya que mamá contaba con su buena camada de ahijados, quienes al llegar en la mañana le decían “bendición madrina”, lo cual les investía de cierto estatus ante el resto de alumnos “rasos”, siempre compartieran con ella, y por supuesto con nosotros algo, pudiera ser como cuando “pesaban” cochinos, que nos llevaban a la hora del mediodía exquisitos “chicharrones”, que no eran otra cosa que buenos trozos de carne y grasa fritos, o morcillas, con unas cuantas arepas de maíz “pelao”, también cuajadas recién hechas, bien leche recién ordeñada, o caldo de pichones de paloma, e incluso “faro guisao”, del que tal vez habían cazado la noche anterior, obligados por los frecuentes ataques a las gallinas. Y siempre presente el infaltable frasquito de ají “forote”, picante como él solo, haciéndose adictivo, para abrir el apetito de cualquier filimisco. Igualmente aparecen por allá, en medio de algunas ocasionales salidas fraternas, unos sabores dulces que no se olvidan, los de la melcocha, el “batio” y los trozos de caña de los olorosos y humeantes trapiches cercanos.

Los juegos eran simples y diferentes a los de la tarde-noche con los amigos de la cuadra en el pueblo. En la Loma, cazábamos pájaros con “flechas” de esas a las que también les dicen “caucheras” o “resorteras”, o a punta de piedra; o simplemente corríamos. Si, correr era un juego, cuya metodología consistía en llegar de primero a algún árbol o palo de

cerca. Estoy seguro que nunca gané, eso era reservado para mi hermano, que a pesar de ser un gordito de amplios mofletes y papada pegada al prominente pecho que se hacía barriga, ya mostraba ser un raudito velocista que de adolescente lo llevaría a ser un consecuente ganador de carreras cortas en las pistas atléticas locales, y que por mi parte, logré también hacerlo pero en competencias de largo aliento, reservadas a “semifondistas”. También jugábamos bollos, metras y trompos, esto último, para lo cual era poco diestro, enredándoseme el curricán en el lance, yendo el trompo peligrosamente a cualquier lado, pudiera ser al ojo de alguien cercano, menos a lograr en la “troya” una armoniosa danza de la guerra, por lo que definitivamente, lo mío en ese entonces y tampoco ahorita, si lo intentara, no fueron tales trozos regordetes de madera con punta de hierro, y que para cualquier otro niño, “dormirlos serenity” era tan común. Además, no faltaban los “runches”, hechos con una “chapa” o tapa de refresco o cerveza, aplastada y con algo de filo, traspasada con una cuerda de *nylon* o en su defecto hilo de amarrar hallacas “retorcido”, a los cuales al hacerlos girar, tomaban un movimiento de “estira y encoge”, y se enfrentaban en “peleas” con otros, buscando cortar el del contrincante. Por los días posteriores a Semana Santa quedaba instalado en una pequeña sabana ubicada entre la escuela y una gallera, un “burro” que no era otra cosa que un largo tronco, insertado horizontalmente en otro, para hacerlo girar a velo-

cidad empujados por terceros, mientras sentados en cada uno de sus extremos, dos valientes se “echaban la cola” o mejor dicho se mareaban.

Unas veces en verano, el grupo de alumnos y mamá, en improvisadas excursiones, caminábamos largos trechos cerro abajo, por peñas de tierra amarilla y casitas de barro y techo de paja y algunas de zinc, llegando cerca del río, pero ella, a pesar del calor sofocante nunca dejaba que nos bañáramos, por miedo a algún accidente lamentable. Por estos lados vivía con su mujer, también de avanzada edad, un viejito afable al cual le decían “Guino”, a los cuales visitábamos, y donde en su pequeña cocina, llena toda del humo de la leña, que al entrar me costaba respirar y me picaba la vista, bajo una ennegrecida troja, nos tomábamos en unos desconchados y pequeños pocillos de peltre, un buen café, bien cargado y endulzado con panela. Cada vez que veo algo de ese material, me acuerdo de aquellos generosos y amenos viejecitos, quienes aunque eran de pocas palabras, siempre los vi con una sonrisa a flor de labios.

Debo decir que el peltre, hoy poco frecuente en el mercado, y por lo tanto, tampoco en cualquier casa, era una característica adueñada por las cocinas campesinas de esa época, y adquiribles en esas quincallerías que en pequeños locales de curiosos nombres, entre montones de artículos distribuidos con desorden en estantes y mesas, vendían cuanto artículo uno necesitara, desde utensilios de cocina, juguetes, electrodomésticos, ropa, mercería, útiles escolares,

adornos, implementos deportivos, hasta artículos de ferretería, y cualquier otra cosa que se pudiera estar buscando. Estas quincallerías pululaban por el centro y competían entre ellas en la captación de los clientes, colocando las cornetas de sus tocadiscos a la calle, con su música a buen volumen.

Una vez, andando por la carretera con mi hermano y dos compañeritos, entre ellos una niña, supuestamente avistamos una cara o “cosa” extraña y horripilante en una choza de bahareque deshabitada en las cercanías a la escuela, que nos asustó e hizo salir despavoridos en una sola carrera, y al llegar pálidos al salón y contarle a mamá y al resto del grupo lo sucedido, nos fuimos el total de niños de los tres grados, junto a las vecinas de las casas contiguas, armados con palos y cruces de palma en mano, al sitio señalado, para finalmente, luego de caminar con mucho recelo y miedo acumulado, conseguirnos en el soporte de una pequeña ventana, un carcomido cráneo de vaca insertado en un palo, cubierto con un viejo y deshilachado saco de arvejas, tal cual monje franciscano, lo cual alivió entre asombro y risas el miedo de minutos antes.

De igual manera aun develado el misterio, la “monstruosa” imagen inicial me atormentó por mucho tiempo, y fue mi “coco”, cada vez que pasaba por la curva del zanjón, donde habíamos avistado el curioso espectro, que algún ocioso sin nombre urdió para jugarle malas pasadas a incautos caminantes, y que relacionaba pues, con el inagotable anecdotario de brujas

y macabros espantos que formaba parte de las creencias fervientes de los vecinos de las lomas, donde no faltaba espacio para dar vida a duendes, “momoyes” y arcos, presencias semi-humanas y sobrenaturales de cuidado, y que al escucharlas, temerosamente atento a los detalles, me las creía como verdades irrefutables, que me podían acompañar entre las sombras y la penumbra de la noche, al apagarse las luces. Pensaba que esos seres de naturaleza campestre, diferentes, unos sin forma, otros diminutos o enormes, podían trasladarse en la distancia, y aparecerse en cualquier rincón de la casa, por lo cual cerraba los ojos con determinación, y no me levantaba por nada del mundo, ni siquiera por la necesidad imperiosa de ir al baño, si no me acompañaba alguno de mis padres.

Otras rutinas ocasionales se daban por tiempo de los censos escolares que mamá debía realizar, y así de casa en casa, aunque ya supiera con claridad cuantos eran los niños del sector a “pescar” como los nuevos infantes escolarizables. De esas visitas me quedan las imágenes de viviendas parecidas todas en medio de cafetales, de largos frentes de corredor con varias puertas y rara vez con alguna ventana, con una distribución casi uniforme donde la cocina siempre estaba al lado derecho, y la sala en el otro extremo, cuyas paredes azules o verdes, tenían su respectivo e infaltable “Almanaque de los Hermanos Rojas”, esas amplias hojas inexplicablemente amarillentas de papel periódico que aunque del año en curso, daban la sensación de tener unas cuantas décadas de haber sido impre-

sas, repletas de lunas llenas y cuartos menguantes, entre un inacabable santoral de trescientos sesenta y cinco días multiplicados por varios, y que de haberse cumplido conmigo, la vieja tradición de colocarme el nombre por el santo del día de nacimiento, hoy flamantemente respondería al llamado de Ambrosio. Pudiera decir, versionando cierto dicho popular, que casa de campo que se respete, cuenta con su buen almanaque de lunas y santos. Esa majestuosidad en el tiempo que los reviste, me hace fascinantes tales calendarios, queriendo siempre tener el mío propio, aunque nunca he adquirido uno de ellos, tal vez por sus amplias dimensiones que no son congruentes con la estrechez de las paredes de un apartamento, mas dadas a refugiar una pequeña pintura.

No sé en qué momento, durante sus tal vez treinta años de servicio, mi madre decidió trabajar siempre en áreas rurales y no en el pueblo, si bien esto último facilitaría el tiempo diario a utilizar, el no tener que depender de un carro para ir a la escuela, almorzar en el hogar, y sobre todo, el estar a unas cuantas cuerdas de la casa; pero supongo, aunque nunca me lo ha dicho, ni tampoco se lo he preguntado, fue por esa genuina forma de ser del campesino de mostrarse siempre sincero, descomplicado, tal como es, y no dar lugar a medias tintas, además del hecho de la empatía que representaba tener los orígenes familiares y ser nacida en el campo; o bien pudiera interpretarse por la bonificación porcentual extra que la llamada “ruralidad” representaba, aunque eso al final de cuentas

se equiparaba con lo invertido en el traslado; o de igual manera, aunque considero tampoco pudo ser, por el menor tiempo que se reconoce para jubilarse al laborar en las áreas rurales, ya que se afanó unos cinco años más de los necesarios, y que no fueron más, gracias a que el Ministerio le otorgo ese legitimo derecho, al no haberlo tramitado por cuenta propia.

A la escuela llegábamos a las ocho de la mañana, y regresábamos a la casa a las cuatro de la tarde. Siempre en el carro de papá, quien abría un lugar dentro de su oficio de chofer de carreras a cuanto cerro circunda el pueblo y mas allá, para ir al campo correspondiente donde mamá enseñara, ya que la trasladaron de lugar varias veces, pero siempre en núcleos rurales; y por supuesto que él aprovechaba para “hacerle” el transporte a varios maestros de la misma zona que se iban quedando en tramos de la vía, “asando efectivamente de esta manera dos conejos, sin que ninguno se le quemara”. Es que si de algo sabia él, era de “hacer viajes”.

Esto ocurría, si era verano, pero de entrar las lluvias, nos tocaba caminar un largo trecho desde y hasta El Pabellón Arriba, ya que la carretera por ser de tierra amarilla, era sumamente resbalosa, y hacia imposible que entraran carros por la arcillosa pendiente. En la parte alta nos dejaba papá, o al contrario nos esperaba a que llegáramos, con las botas de caucho o las primeras “*frazzani*” y ropas cubiertas de un amarillo tierra, por las comunes caídas entre tanto camino jabonoso, aun cuando tuviéramos los infaltables impermeables

o coloquiales “cauchos” grises, que en medio de los juegos y fantasías infantiles, nos daban una autoimagen de astronautas caminando por la superficie lunar. Generalmente los grifos de la lluvia se abrían durante los meses de mayo, junio y julio, cuando los frecuentes aguaceros duraban inalterables todo el día, y teníamos que recurrir a inventar juegos estáticos para no aburrirnos durante el recreo, guarnecidos “como sardina en lata” bajo el techo del pequeño pasillo de la escuela, aun cuando las ganas de todos realmente era por jugar bajo el fuerte chaparrón.

Recuerdo que precisamente durante el lluvioso mayo, los campesinos del lugar celebraban con fervor el día en honor a San Isidro, por lo que no había clase, pero igual íbamos a la festividad. Me gustaba mucho ver pasar las caravanas de yuntas de bueyes, desfilando por la carretera, adornadas sus cornamentas con infinidad de frutos, seguras ofrendas al cura que atendía la feligresía, como coronas multicolores que enaltecían la majestuosa nobleza de los robustos animales, dirigiéndose lentamente a la placita de El Pabellón Arriba, donde finalmente las ubicaban ordenadas por Lomas de origen, a las afueras de la pequeña capilla, para dar gracias a Dios por las bondades de los frutos de la tierra, recibir la bendición a las “bestias” y tal vez aprovechar, por el seguro chaparrón, pedirle con fervor a “San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol”.

Pienso que este era uno de los días más esperados por los lugareños, para fraternizar luego de la misa, con sus vecinos de las Lomas cercanas, y entre juegos

tradicionales, compartir algunos de sus productos y granjerías, además que en la plaza aparecían los vendedores de baratijas, cotufas y otras golosinas, y que muchos también aprovechaban para acercarse a las bodegas del pequeño caserío, que con la presencia de una altisonante *rockola*, en la cual en pequeños discos de vinil sonaban las pegajosas voces de Lupe y Polo, y portar en su mano, la respectiva botella de líquido espirituoso. Esta en fin, era como su pequeña feria. Posiblemente este día de “júbilo santo” se extendía por unas cuantas jornadas, y muchos niños no asistirían a clase, al menos a la mañana siguiente, para dirigirse con sus padres a la adornada plaza central, donde se mantenían las pequeñas ventas ambulantes de chucherías, dentro del ambiente festivo y el jolgorio que se apropiaba de las comunidades aledañas.

Ahora bien, la decisión tomada de posponer un año más nuestra salida a otra escuela, luego de seguir el tercer grado bajo la égida académica de nuestra madre-maestra, inesperadamente, de repente fue cambiada. Seríamos inscritos entonces, para el próximo año escolar en una escuela del pueblo, en las inmediaciones de nuestro hogar. Esto desde mi óptica actual, lo visualizo como un hecho extremadamente raro, tomando en cuenta la naturaleza sobreprotectora de mamá, pero creo entender que era buscando abrírnos espacios acertados en la socialización hacia grupos más numerosos de compañeros, ya que hasta el momento siempre compartíamos la unitaria aula con el grupo de siempre; algo así como facilitarnos la adaptación futura a nuevos escenarios.

* * *

Llego pues entonces el esperado septiembre y así el primer día para asistir en la mañana al tercer grado “A” del Hilario Pisani Anselmi, el grupo escolar escogido, denominado así dentro de la nomenclatura educativa institucional de la época, donde nos habían inscrito, el cual era una mediana mole de dos amplias plantas, con un sótano que servía de comedor, su pequeña cancha deportiva y un amplio patio central, y donde a la larga cursamos efectivamente el resto de la primaria, siempre asignados mi hermano y yo, en las mismas secciones, tal como venía ocurriendo desde la escuela unitaria de allá en el campo.

El nuevo colegio, estaba bastante cercano a la casa, exactamente a seis cuadras subiendo, al cual podíamos ir fácilmente caminando, pero que al menos por ese año, para no romper de todo con el, en este caso, estrecho cordón umbilical, nos dejaban en la puerta, al ir papá a su consuetudinario recorrido a la Loma, y a la salida al mediodía, nos esperaba la “muchacha de servicio” que en ese momento trabajara en el hogar. Por esa época, lo más lejos que íbamos solos era hasta la casa de los abuelos maternos, distante a cuadra y media, o al frente de ella, la de Gumer, quien creó fue mi primer amigo en la cuadra.

Igualmente podíamos ir a comprar chucherías a las bodegas cercanas, que era lo que sobraba y donde vendían un sinnúmero de artículos, lo que uno buscara, sobre todo a donde “Juan Telas”, entre todos los bodegueros el mas amistoso, y que a pesar de haber

mudado su negocio a otro lugar en el pueblo, a varias cuadras, seguimos por mucho tiempo siendo buenos amigos. Nunca olvido que para pasar la calle, esto se hacía un proceso engorroso por las “treinta mil quinientas cuarenta y cinco” indicaciones de mamá de mirar los carros, mirar para arriba, mirar para abajo, mirar a la derecha, mirar a la izquierda, mirar al suelo, y que ella se quedaba repitiendo hasta que ya doblábamos la calle.

Era para mí, que llegaba cargado con mi buena dosis de timidez natural y complementada en esos pocos años con la idiosincrasia del campesino, sencillamente acercarme a descubrir un mundo escolar diferente al vivido hasta el momento. Un espacio grande; muchos niños y docentes; una nueva maestra, diferente a la que había conocido desde siempre, desde la casa y desde los años de oyente en La Loma; la formación masiva en el patio central; timbres que indicaban que hacer, entrar, salir, el receso; los horarios rígidos, estrictos; vestir un uniforme de camisa y pantalón color kaki; la educación física en la cancha, trotando ataviados de franela blanca y unos shorts verdes, tipo boxeador que entre ensayo y error nos cosió mamá a mi hermano y a mí, en su flamante maquina *Singer* que estrenaba por aquellos días; el bulto, un espacioso maletín marrón de cuero con varios compartimientos, parecido al que utilizan los médicos, que cerraba con lustrosas hebillas, al que le cabía de todo, desde la gorda y pesada enciclopedia de las Nociones Elementales y Ejercicios Prácticos, pasando por

el poco de cuadernos y útiles, algún juguete oculto de las nunca faltantes “malas mañas”, hasta la bolsa con el “embutió”, cuando no llevaba dinero para unos pastelitos y un refresco en la pequeña cantina.

Los primeros días, esas tres hileras dobles de salones llenos de pupitres y niños me parecieron demasiado grandes, luego de llegar de una aula compartida durante tres años, con prácticamente las mismas dos docenas de compañeritos; por supuesto entre los nuevos cambios, vino el conocer nuevos amigos, y recuerdo que el primero con el cual empaticé fue con Luis, un rechoncho niño que era mi vecino de pupitre, con quien conversaba, jugaba y corríamos en la cancha durante el receso, ya que Alexis, por su lado había hecho su grupo con los grandes, de los que distaba yo en estatura, al ser de los más pequeños. Así, Luis fue el primero de mis “panas” diferente a los de La Loma, o los de la cuadra, Gumer, “Taboto”, Carlos, a quien todos conocíamos bajo el mote afectivo de “Pico e’ loro”, y Carlos Luis, “Calistrón”, diferenciándose del otro.

Sobre esto último de los apodos entre amigos, que a pesar de que en muchas ocasiones llegan a unos niveles de ser exageradamente grotescos, pero en el fondo siempre manteniendo ese sentido afectivo, nunca he entendido el por qué, los medios de comunicación y sobre todo, los cuerpos policiales le agregan un “el” previo, convirtiendo lo que anteriormente era familiar, en un tal alias, en esencia peyorativo, delincuencial y acusador. Cuestiones que quedan para el aná-

lisis del discurso y la intencionalidad de las palabras. Pero al final de cuentas, ¿quién no tuvo de muchacho, en su casa, en la escuela, el liceo o en la calle, su sobrenombre?, que muchas veces hacen que un salón de clase o un equipo de futbol se asemeje a un zoológico o a la misma Arca de Noé, entre tanto animal junto; que lo diga yo, que arrastro de esos años de la infancia mi buen hipocorístico, con el cual soy más conocido que por mi nombre propio.

Adaptarme a la nueva situación, fue cuestión de días, pero también entender que ya era uno más de los veintitantos o treinta alumnos del salón y no el hijo de la maestra, y con ello, por supuesto perder una natural atención. La nueva preceptora era una señora ya mayor, con reconocida experiencia y trayectoria en su oficio, muy respetada por todos dentro del entorno, que al referirse a ella no le decían “maestra”, sino “doña”.

Era un hecho, que para esa época a las docentes de primaria no las llamaban profesoras, término que era reservado exclusivamente para los docentes que laboraban en bachillerato; y no como hoy, que se estila este último, extensivo con todo aquel que enseña o dirige algo, y que se ha simplificado con ese diminutivo no tan simpático de “profe”, bastante democratizador y que derrumba antiguas barreras conductistas y académicas, y de esta manera es un “profe” desde el consabido catedrático universitario hasta el entrenador de futbol de cualquier categoría, o incluso la experta peluquera que dicta talleres para enseñar a cortar cabello, por decir algo. De manera tal que quien

daba clase en primaria era un maestro, aunque eran pocos los hombres dedicados a tan noble y exigente tarea, y casi siempre eran mujeres, haciéndose una actividad esencialmente “madrista”, como ser enfermera o nutricionista.

Bueno, era el despertar de la plena conciencia de ser solo un numero de lista atento a decir presente a la hora de pasar asistencia. Recuerdo, no con añejos resquemores que pudiera cargar como una rémora de frustraciones psicológicas de esas que golpean el autoestima y exigen sesiones tras sesiones de diván y dosis de terapias psicoanalíticas, una oportunidad en la cual, se hizo evidente la perdida de los anteriores privilegios, que para el momento, en la fragilidad de la edad a los siete años, y la carencia de madurez, si me brindó mi buen aporte de tristeza y de sentimientos infantiles vulnerados, que se alargaron por varias lunas, y lo cual en el momento no se lo comenté a nadie, ni en la casa, ni en la escuela.

Recuerdo fue que una mañana cualquiera, a los pocos días de haberse iniciado las clases, tal vez por finales de septiembre, cuando la buena maestra en medio de la clase felicitó efusivamente a uno de los varones, ya que estaba de cumpleaños, y luego de que se lo cantáramos a coro, ella le dio un regalo. Era una caja grande forrada, que al abrirla el compañerito, contenía un juego de médico, con sus respectivos estetoscopio, martillo, termómetro y unos cuantos frascos de medicinas y cajitas de curas, los cuales venían ordenados en un amplio empaque transparente, desde donde era fácil divisarlos y admirarlos.

El caso es que pasó aproximadamente un mes y medio, hasta los primeros días de diciembre, cuando es como acostumbran decir en tierras mexicanas “el día de mi santo”, aunque no lleve su nombre, y estuve toda la mañana contento esperando mi cajita de regalo de “doctor”, pero la cual, al final nunca llegó, como tampoco el tradicional estribillo del “...cumpleaños feliz, te deseamos a ti...” entonado grupalmente, entendiendo entonces que los cumpleaños, al menos en ese salón, eran reservados solo para unos, pero no para todos.

Poco a poco en el transcurrir de ese tercer grado, me inserté a los cambios que proponía la nueva escuela, y la Loma El Pabellón era materia superada, a la cual de vez en cuando íbamos con papá en su recorrido diario, pero solo a la salida de mamá. A los juegos en el receso con Luis, que incluían carritos de hierro y revólveres plásticos, pronto se unieron algunos del salón, como “Chupa”, llamado así, para asemejarlo a un colibrí por ser pequeño de tamaño, cuyo verdadero nombre era Javier; otros fueron Giuseppe y Miguel. Por supuesto, éramos temerosos de los grandes, aunque con Miguel algo nos sentíamos protegidos, ya que era un “pequeño mastodonte”; pero sabíamos ante todo, que debíamos estar alejados de las recurrentes, casi diarias peleas que se daban a la hora de la salida. Claro, habían unos cuantos, de cierto sector en las inmediaciones, cuyo rol en los espacios de la escuela, más que de llenar una necesidad formativa de aprendizaje, realmente era intimidar al club de los pequeños a punta de coscorro-

nes e inoportunos empujones, patadas o zancadillas, o quitarle cosas por las buenas o las malas, es decir, precursores especialistas en eso que hoy conocen como “*bullying*” o acoso escolar.

Hace unos cuantos años atrás, buscando algo encima del viejo escaparate del cuarto de mis padres, confundidas entre algunas extintas “lochas” y “churupos”, conseguí unas monedas de cobre y níquel que me remontaron a aquel año. Eran pesetas, con la cara de Franco; unas de Israel, con unas palmeras entre signos o letras inentendibles; y unas de Curazao o Aruba; me las había regalado en tercer grado mi reciente amigo Luis, para que completara mi “enorme” colección de monedas extranjeras, ya que tenía en mi pretencioso tesoro numismático, dos de pesos colombianos que me había regalado un tío que frecuentemente viajaba a Cúcuta, y que orgullosamente se las había mostrado. Él las tenía ya que sus padres, buenos cursillistas, habían hecho recientemente un viaje a Tierra Santa, incluyendo algunas visitas puntuales a ciertas ciudades europeas.

Aparte de este “valioso acopio”, del mismo modo incursionaba “presuntuoso” en el mundo de la filatelia, con unas catorce o quince estampillas postales usadas, que despegaba con extremo cuidado para no romperlas, a cuanto sobre de cartas caía en mis manos, número que estoy seguro nunca llegué a superar, a pesar de que en esos tiempos, el correo, con sus características epístolas y telegramas, representaba la forma más fácil y común de comunicarse.

Ese mismo año de cambio de entorno escolar, también fue de mudanza de vivienda. De esta manera, pasamos de vivir en la pequeña casita, minúscula, con sus dos habitaciones, de espacios concentrados, donde hasta el momento siempre habíamos habitado, a una más grande en el mismo sector, el viejo El Recodo. La nueva vivienda, ubicada a cuadra y media de la anterior, era una antigua construcción de altas y gruesas paredes y techo de teja, con varias habitaciones y salas, que según decían había sido a principios de siglo, unos setenta años atrás, una posada; de hecho, el pintoresco lugar por tradición ha sido un reducto de hoteles, posadas, comederos y bares, tal vez por ser una de las entradas al poblado valle, que en una diatriba de crucigrama urbano trazado por sus calles y avenidas, se ha balanceado en la coexistencia de vivir una ciudad sin perder la esencia e idiosincrasia de pueblo montañoso, dándole la opción de pernoctar a llegados de otras ciudades o de los cerros cercanos.

Extrañamente nos mudamos “entre gallos y medianoche”, en las horas del silencio nocturno, y poco a poco, por la cercanía de ambas residencias, íbamos llevando unas cosas, las grandes en el *jeep* de papá, y las menudencias a pie. En este avatar, ayudamos todos, los cinco, contando a la muchacha de servicio. Mi hermano y yo por la edad, contribuíamos en llevar cosas no pesadas, pero de una u otra manera, pusimos nuestro granito de arena, durante esa ruta afanosa para ganarle al amanecer, y como en un trabajo de hormigas logramos el cometido. Ya en la mañana

siguiente, aunque cansados, estábamos instalados en la casa de “para siempre”. Supongo hoy que debió haber sido un fin de semana, por la mentalidad estructurada de mamá de no faltar un día al trabajo.

Pero realmente, en el momento los cambios fueron mínimos, ya que adaptación no se me iba a exigir, debido a ser el mismo entorno, las mismas calles; la casa de los abuelos y las de los amigos consuetudinarios a la vuelta de la esquina; en fin, no habría nada novedoso. Ahora bien, lo que posiblemente sería diferente, tendría que ver con la amplitud de los espacios, con referencia a la estrechez de los años previos, y en poco tiempo dispondría de una habitación exclusiva para mí solo, en notorio contraste con aquel cuarto y la cama obligatoriamente compartida con mi hermano, por no haber lugar para dos en la minúscula “área”.

* * *

El cuarto grado, bajo la guía académica ahora de una maestra que era vieja amiga de mis padres, lo enfrentábamos ya con “larga cancha ganada” como estudiantes pueblerinos, pasó casi sin novedad, con la salvedad que no sé porque razón, nos cambiaron de turno, y ahora nos tocaba en la tarde, por lo que para Alexis y para mí, que ya nos íbamos y regresábamos solos al colegio, sin la compañía de la muchacha de servicio, lo que era un indicio de que habíamos crecido, como para pasar las calles más allá del entorno, la mañana transcurría por ratos entre nuestra casa y la de los abuelos vecinos. Allí en el negocio de Rufino, entre montones de sacos de harina, azúcar, de arvejas

o maíz, y de cajas de leche, jugos, sardinas, aceite o cigarrillos, recreábamos juegos, sabiendo que en la tarde no sería para jugar con los muchachos de la cuadra, quienes si tenían la envidiada oportunidad de disfrutar las horas vespertinas libres de aulas y maestras, y luego de hacer las asignaciones escolares, se podían abocar a las metras o al escondite. Aunque si de algo estoy seguro, retomando esto último, es que en esos tiempos, poco o nada le dedicaba a las tareas en la casa, privando ante todo el juego, y la buena acogida de la fortuna de disponer cualidades, a Dios gracias para apropiarme de un “aprendizaje natural”.

La tarde siempre se me hizo y se me ha hecho más tediosa y pesada para estar en un salón de clases, por supuesto desde el lado del pupitre como estudiante, que en mis sillas o escritorios durante mi añeja praxis docente, rol ultimo donde el interés y la intencionalidad son iguales a cualquier hora, por lo que desde la entrada hasta el receso, se me volvía una eternidad, y sobre todo, si la nueva maestra, iniciaba con su acostumbrada buena dosis de matemáticas, en todo caso divisiones por dos cifras y no sé si ya incluirían decimales, que me angustiaban hasta más no poder. Es que el área de los números, es una materia con la cual he mantenido una fuerte riña histórica, que no se si tiene su origen en mi demostrada carencia de habilidades intelectuales hacia ella, o sencillamente en la pereza y desatención que le tomé a las formulas y las ecuaciones numéricas, y que me empujaron a optar por derroteros libres de su dominio y expansión,

donde los números solo se usan para contar o fechar acontecimientos.

Este fue de esos años grises, taciturnos, casi pudiera decir una copia literal propia a la medida, para definirlo de aquella versión de la película sobre la primera guerra mundial “Sin novedad en el frente”, protagonizada por *Ernets Borgnine*, con la ganancia que daba andar de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, en una independencia condicionada a no tardar más del tiempo que se podía estipular para recorrer las pocas cuadras de distancia; libres, pero sin cambiar el recorrido en el tiempo y en el espacio. Algo así como ni un minuto más, ni un minuto menos, para eludir alguna reprimenda, y volver al “sistema de vigilancia supervisada domestica”, evitando la pena de ser llevados y buscados. Para algunos la cosa de ir a la escuela también bajo control total, pero que más bien daba cierto “caché”, eran los que tenían transporte en una de esas amplias camionetas “rancheras” *Chevrolet* o *Ford*, donde como abundantes fósforos en su caja, y que en medio del seguro incomodo apretujamiento, cabían no sé cuantos en la cabina; pero este no era nuestro caso.

Aducir una intrascendencia total tampoco es válido, ya que hay una serie de experiencias y vivencias que forman parte del aprendizaje y crecimiento personal, sumándose como un todo con lo hecho y con lo por hacer, solo que los recuerdos se hacen vagos, pudiera ser adormecidos por el mismo sopor contagioso de las horas vespertinas, y de esta manera, pocas cosas puedo evocar.

Como la vez que tembló más o menos fuerte, sintiéndose en nuestro salón ubicado en la segunda planta, el movimiento de pupitres y escuchando el tintineo de las ventanas y los objetos de los escritorios y estantes, saliendo el grupo en carrera hacia abajo, atropellados en la estrechez de la escalinata, para pasar gran rato, los alumnos de los diversos grados, en la pequeña cancha. Por los días consecutivos, ese evento natural se hizo tema de conversación común, y unos cuantos querían ser expertos en descubrir supuestas grietas producidas en las paredes y en los pisos, que seguro tenían años de haberse ido abriendo.

Era la segunda vez que vivía un movimiento de tierra, pero fue diferente; la primera, no me di cuenta, cuando dos años atrás, una noche, tarde como a eso de las diez u once, mientras veíamos televisión, mis padres, nos hicieron salir en carrera, a la calle, y así como estábamos, en pijama y cholas, nos fuimos en el carro inmediatamente a La Vega, a casa de los abuelos, como suponiendo que ahí, por ser campo abierto, íbamos a estar más seguros. No había sentido el temblor, avizorando ya para entonces esa “cualidad” que arrastro de ser “caído de la mata”, de ser el último de enterarme de las cosas, aun cuando me pase por el frente. En esta nueva ocasión, por el contrario, fui de los primeros en bajar raudamente las escalinatas y llegar al centro de la cancha.

Asimismo, me viene aquella “manía” de algunos de sentarnos pegados a la pared de la ventana, que al estar el plantel educativo construido a la orilla de una

peña, se observaba desde la altura, una buena panorámica del precipicio hasta la quebrada, lo que nos permitía, en los descuidos de la maestra, en vez de copiar de la pizarra o hacer las actividades, dedicarnos a arrojar aviones de papel, compitiendo cual volaba más lejos.

* * *

Hasta que llegó el quinto grado, y como dice el viejo adagio, “no hay quinto malo”. Ese año escolar, recuperamos de nuevo la ventaja de que correspondía durante el turno de la mañana. De ese grado, tengo un sinfín de recuerdos, muchos, unos buenos y otros en el momento no tan felices, pero que a larga formaron parte de experiencias que dejaron una huella indeleble en mi devenir futuro. Lo que si no logró ubicar era el nombre de la maestra por mas que le dé vueltas a la cabeza, y que además nunca se lo he preguntado a nadie; solo me llegan vagas imágenes de una mujer trigueña, de pelo corto, tono de voz un tanto “chillón” y duras facciones, negada a la risa, que tal vez no era de las “carismáticas” del colegio, o solo que esta apreciación sea la imagen que me fui construyendo en la distancia del tiempo. Pero pudiera decir algo en lo que creo, y es que por muchas cosas, ese año fue determinante para delinear gustos y actitudes futuras.

No puedo olvidar como las matemáticas cada vez más se complejizaban, y se complejizaron de esta manera, como letales monstruos que me atemorizaban hasta en las pesadillas, las “benditas” divisiones de varias ci-

fras con decimales, las cuales cada vez que las colocaba la maestra, nunca las pude resolver, porque nunca las entendía, y pedía a Dios, a quien estaba comenzando a acercarme a través del catecismo en el cual me habían inscrito para hacer la primera comunión, impidiera que ella me fuera a pasar a la pizarra a resolver algún ejercicio de estos; juro que estas operaciones me producían un dolor de estomago con nauseas, y un entumecimiento corporal que me cambiaba hasta el tono de voz, sintiendo la cara roja y caliente; síntomas que en medio de mi natural timidez, igual sentía por hablar en público, sobre todo a la hora de intentar hacer una exposición, y lo cual me duró por muchos años hasta entrada la universidad, y que no sé en qué momento ni como superé, porque para bien, ahora esa terrible sintomatología del miedo escénico para dirigirme a un público amplio, solo es un mal recuerdo; no así el acto de dividir por varias cifras, además si le acompaña una coma, y que gracias a las calculadoras, resuelvo sin problemas, para no mencionar de formulas, ecuaciones y otros “conflictos” matemáticos para arriba, que se me pudieran presentar.

Pero no todo era dividir y hablar en público, y al salir de clase, salíamos al tropel luego de “romper filas” de la formación, y en las dos cuadras contiguas nos quedábamos, un significativo grupo de amigos, que entre juegos y peleas pasábamos ratos antes de ir a casa. Cualquier juego salía, como eran “policía y ladrones”, “fusilao”, “cero y contrapulcero”, o como fue por un tiempo copiarnos de una novela televisiva

que transmitían en las noches por el canal ocho, basada en la vida del prócer independentista y primer presidente de la república, José Antonio Páez, para revivir verdaderas batallas campales, enfrentados en carrera colectiva calle viene y calle va, los dos bandos armados con las reglas de madera que usábamos en la escuela, cayéndonos literalmente a “espada limpia”, y lo cual algo dolía. Por supuesto de estos juegos, se originaban roces y rabietas que culminaban en reyertas, ya no fingidas sino entre los golpeados, “ajuchadas” en coro por la multitud de “chamitos” dedicados a “dar casquillo”, que al culminar de compartir unos cuantos golpes, al rato de nuevo se era amigos, y desapareciendo totalmente la terrible afrenta.

Gracias a esa magia de la televisión que hacia escasos años había llegado, era pues frecuente reeditar los combates de la “lucha libre americana” que en pleno apogeo de la época, pasaban en la televisión los sábados por la noche, emulando las patadas y múltiples llaves que bien sabían “actuar” “El Tigrito del Ring” o los hermanos *Basil* y *Jorge Batta*, hasta que el improvisado arbitro daba los tres golpes a la calle, y dar el ganador, y de una vez, dos más a la faena. Pero también el boxeo se había hecho muy común, y se admiraba a *Muhammad Ali*, *Ken Norton*, *Joe Frazier* y *George Foreman* entre los grandes del norte, pero también en ese momento el pequeño Betulio Gonzalez, era el gran héroe y guerrero entre los boxeadores nacidos en este suelo, cayéndose a golpes con cuanto japonés, filipino o mexicano se encontrara en

el camino, en esa quimera de ganar, retener, perder y reconquistar el flamante hecho de ser campeón mundial, y por lo tanto no había otra opción, que tratar de parecerse a ellos, cuadrarse, saltar, bailar, escurrirse, pegar y “noquear” como lo hacían en la pantalla del canal ocho, que por generalidad entre tantos rounds, verdaderos combates inacabables, eran transmitidas hasta entrada la medianoche.

Ahora bien, no toda esta fantasía de emular héroes luchadores era responsabilidad de la televisión, que era la fiebre del momento, ya que apenas la señal llegó unos tres o cuatro años antes, y no en todas las casas había un aparato de esos, pero los que no tenían en sus casa se las ingeniaban para irse a donde los vecinos que ya hubiesen adquirido su buen *Westinghouse*, que eran unas “moles” de vidrio envueltas en mesas-muebles de madera, ya que existía la “cultura del cine y los suplementos”, donde existía un sinnúmero de héroes a quien seguir en sus aventuras. Claro era costumbre ir al cine a ver las películas de El Santo, Martin Valiente y *Tarzán*; y si en algunas aparecía algúnkarateca, más de uno salía “echando voladoras”. Recuerdo que íbamos a las funciones vespertinas, bien del Teatro Boconó, del Canaima o del Atenas, donde papá nos dejaba en la entrada y pasaba luego de la salida. Los suplementos, de los cuales todos tenían una buena cantidad, tenían la particularidad de intercambiarse, aunque en mi caso, trataba de coleccionarlos. Allí estaban superhéroes, unos humanos y otros de otra naturaleza más poderosa, para intentar

vivirlos, y no precisamente en un disfraz de carnaval, como *Superman*, *Batman*, *El Llanero Solitario*, *Fantasmas*, *Kalimán*, *Tamakún* y *Arandú*.

Es que las peleas eran muy comunes, donde los más temidos eran los muchachos de La Peineta, un populoso sector aledaño a la casa, pero que por generalidad nos “llevaban una morena de cancha y calle recorrida”, algo así como que “cuando nosotros íbamos, ya habían regresado y arrancado de nuevo”, y eran buenos para los golpes, por lo que lo mejor era no “pescar” alguna desavenencia con alguno de ellos. Por lo menos, al menos unas tres o cuatro veces me vi envuelto en una de estas lides, de las cuales si salía perdedor, igual quedaba el respeto por no haber tenido miedo al combate, y eso era ya una ganancia. Que recuerde, hubo una zarandeada que me dio Ricardo, “El Búfalo”, con unas llaves de improvisado judo que me dejaron dos veces en el suelo o con Miguel, cultivando o continuando una extraña amistad-enemistad que duro mucho tiempo, en la cual andábamos juntos, en grupo, pero no nos hablábamos, hasta que en el liceo de nuevo, retomamos la normalidad de ser buenos amigos. Claro, eso de pelear era frecuente con Gumer, por cualquier cosa lo hacíamos, pero en “sana paz”.

La cuestión es que todas las peleas las perdía yo, al irremediablemente botar sangre por la nariz, no necesariamente por la contundencia de los golpes, sino por una rara “enfermedad” que sufría, por la cual casi todos los días por lo mas mínimo sangraba, por el calor, por estornudar, por tocármela; en fin, el que un

hilo rojo pendiera de mis fosas no era extraño, hasta que un día, un viejo medico español, ya casi anciano, me cauterizó ambas cavidades y me curó para siempre de tan desagradable e inoportuno mal. Ese día el dolor soportado por la quemada de las fosas fue fuerte, pero fue un “trauma” de momento necesario, que le he sabido agradecer toda la vida.

Y al rato, luego de estos “juegos inocentes y extremos”, a las dos cuadras estábamos tranquilos en la casa viendo comiquitas; bien donde Rufino acostados casi en el techo sobre sacos de harina, o tumbando mangos y naranjas en el solar; tal vez en la improvisada escuela de historia y geografía que había montado en el “Sol y Sombra”, el mítico bar y pensión de los Rivero, entre vacíos de cerveza que servían de pupitres, con mis dos únicos alumnos, Carlos y Gumer, y donde además aprovechábamos para “atacar” a hurtadillas, los sabrosos pollos asados que allí preparaban, y lograr quitarles a pellizcos trozos de “crujientes pellejitos”, que seguro los clientes, bajo el efecto de las bebidas e hipnotizado el despecho en los lacerantes dramas que salían de la *rockola*, no lo notarían, aunque si los padres de Carlos, pero a quienes la molestia les pasaba rápido, y al día siguiente lo olvidaban, dándonos “patente de corso” para volverlo a hacer; o en todo caso, hasta entrada la “nochecita” jugando y dando carreras por las tres calles del sector, que habían sido cerradas para reen cementarlas, y no existía el peligro de circulación de carros, pero sí de caer en las zanjas abiertas.

A los pocos meses de iniciadas las clases, llegó la reivindicación tardía del esperado regalo de cumpleaños que en tercer grado me quede esperando, luego de que a principios de diciembre, un día llegaron unos señores y repartieron en el salón, y lógicamente en los otros, hojas blancas, invitándonos a realizar un dibujo y colorearlo, alusivo a la navidad, lo que se nos ocurriera en el momento.

Realicé entonces un pesebre con sus personajes y fauna tradicional, todos bajo la iluminación de una gran estrella de larga cola como si fuera un cometa en la distancia, y una mañana de mediados de enero, regresaron con la agradable noticia para mi, de que había ganado el concurso. Esa mañana, delante de todos, no en el salón, sino en el patio central, durante la formación de la salida, me entregaron una bolsa repleta de “útiles” para dibujar, que incluía un *block* de hojas muy grandes, temperas, acuarelas, pinceles, creyones, lápices, y escuadras, como parte del derecho a un curso gratuito de pintura en el ateneo local. Al curso que era los sábados por la mañana, creo asistí solo a tres o máximo cuatro clases, ya que no me enganchó del todo el pintar, aunque siempre he sido dado a dibujar con una innegable facilidad natural, trazando formas con lápices, brindándole grises o negros con ellos, sin otra técnica mas allá que la que me permite la intuitiva observación, y que me brinda por momentos copiar rostros, hacer paisajes o comics con cierta simetría y proporción.

Por ese mismo año aparecieron los primeros escarceos con la práctica deportiva, al comenzar a jugar

minibasket en la pequeña cancha de la escuela, y no recuerdo como aparecí en las filas del “Sucre”, pero las practicas recurrentes se sumaron por las tardes a los juegos infantiles, y así vino el campeonato municipal que a la larga trajo frutos el año siguiente, cuando los de la “calle abajo”, ganamos el torneo local, y la buena nueva de representar al pueblo en unos distritales. Ese equipo, donde por tamaño aprendí a saberme para siempre “piloto” por deber y derecho propios de una estatura no apta para meterme a guerrear pelotas y rebotes debajo del tablero, fue pues la primera franela entre muchas otras que vendrían a acompañar mi gusto por el balón ocre rojizo del baloncesto, o la pesada “pecosa”, blanca o colorida del balompié.

Ahora bien, el “Sucre” tuvo una curiosa particularidad: contábamos con un entrenador que realmente no sabía mucho de baloncesto, pero contaba con un ángel para darnos confianza y hacernos creer en que jugábamos bien, y con ese impulso inflado de autoestima, nos hizo al fin imponernos en la sumatoria final a los cuadros de la calle arriba, más avezados en esas lides, pero sin ese jugador extra que nos sumaba “los cambios” y consejos de cada momento dados por Félix, el técnico, que luego de esos días no vi mas nunca en una cancha, para convertirse al paso de muchos años en un gran pintor laureado en las altas esferas del arte en el país, con un merecido Premio Nacional que recibió.

Qué ironía, los mismos sábados que dejaba de asistir al Ateneo a cultivarme en el manejo de los trazos

y los colores por desmotivación, estaba sin saberlo, bajo las ordenes en el manejo de la pelota, de uno de los futuros pintores e instructores de la Escuela de Bellas Artes más reconocidos en el país, quien hizo de la vieja casa de sus padres, un museo familiar de grabados y murales, los que luego de mucho tiempo después de su muerte, permanentemente reciben retoques de colores que reaviven los paisajes, campesinos y animales, dominados de tonalidades azules que pueblan esas naturalezas campestres, adueñadas de las múltiples paredes de bahareque de la vieja casa.

Pero entre ensayo y error y las ganas de enseñar de Félix, poco a poco deambulando por rudimentos y ganas, pude aprender a driblar, marcar el doble paso y lanzar americano. Aunque el futuro maestro dueño de los pinceles y los colores no fue realmente quien me enseñó, si facilitó las destrezas cuando con vagos conocimientos técnicos orientaba las jugadas, y además gentilmente me prestaba la pelota, para que en la noche la lanzara hacia lo alto de la pared frontal de mi casa, simulando un aro que no existía, y que de existir mas allá de lo imaginario, no todas las veces entraría. Pudiera decir que los verdaderos entrenadores llegarían pronto, en blanco y negro desde la pantalla del televisor, aquellos pioneros de la Liga Especial, comandados por el “Tulo” Rivero, el “Kunda” Tovar, los hermanos Lairer entre los criollos y los norteamericanos el “Mago” *Sam Shepherd*, *Lewis Linder* y *Gerald Cunningham*, lanzando “ganchos”, “americanos” y “cazando guiri”.

En cuanto al catecismo, este era los domingos temprano por la mañana. A las nueve había que estar en la iglesia, sentados con el catecismo en la mano, ya que la catequista que nos tocó era rigurosamente apegada a la puntualidad inglesa y a la disciplina, por lo cual era importante adaptarse a sus normas. Éramos varios grupos ubicados dispersos dentro del recinto eclesiástico, y se veía que otras de las señoras que impartían la doctrina cristiana eran más relajadas. Eran dos horas de oraciones y consejos, para quedarnos luego a la obligatoria misa de las once, la cual iba reflejada en la asistencia que nos pasaban.

Había que aprenderse bien el catecismo, para responder a las reiteradas vueltas atrás, que la metodología didáctica de nuestra “instructora” exigía para salir bien preparados para recibir la comunión. Y me fue bien, aunque hasta el día de hoy jamás pude aprenderme bien “La Salve”, porque al aprenderme primero el “Ave María”, esta se me fijó automáticamente, y por lo tanto las confundía, para siempre ir al “Dios te salve María, llena eres de gracia...” y recitarla completa.

Al salir de la misa, en tropel, o cuando fuera de la mirada supervisora de la catequista podíamos escaparnos de la sagrada ceremonia, directos, al pasar la calle estaba la plaza, lugar propicio para jugar y correr un buen rato, y si contaba con alguna moneda comerme unas cotufas calientes, recién salidas del carrito de toda la vida al frente de la iglesia, o bien disfrutar de un buen vaso de un rico fresco de leche en La Demócrata. Ese día, la mayoría andábamos ataviados

con ropa dominguera, que cambiaba la franela por una camisa de moda de bacterias, el bluyín por un bota ancha de poliéster, y los *keds* por unos machotes, algo así a la usanza de *Henry Stephen*; otros amigos, que también se reunían en la plaza, vestían diferente y eran los monaguillos, con sus sotanas crema, Luis, mi amigo desde el tercer grado, José Gregorio, a quien conocíamos como “Super Pollo”, mutando con el tiempo a “Pollino”, y Jairo, hermano de este último, ambos también de la escuela, lo cual no les impedía jugar “policía y ladrones”; además se nos unían en estos juegos de dar carreras y escondernos, el combo de “limpiabotas”, quienes por el momento dejaban de ser incipientes trabajadores, para retomar sus fantasías de niños.

Mientras tanto, allí sonaban los acordes de la acostumbrada retreta dominical, a cargo de la Banda Municipal, con sus armónicos valeses, la cual comenzaba al concluir la misa, y muchos feligreses se quedaban en la plaza a disfrutar de la serenata matutina. Pero al terminar los músicos de tocar, invadíamos a plenitud el amplio parque, hasta que el hambre se hiciera evidente.

Pero el momento también servía para cambiar suplementos, y ampliar la lectura de esos populares *comics*, o para disfrutar la pequeña fauna que como un improvisado zoológico allí habitaba, como las ardillas que saltaban entre los árboles de mamones y mangos, y que bajaban un tanto temerosas a recibir algún pepito o cotufa que se les brindara, o el par de perezas que miraban, inmóviles a los transeúntes desde lo alto de

los chaguaramos que como avenidas, limitaban el espacio, y que en algunas ocasiones bajaban de ellos para lentamente subir a otros a continuar con su perezosa rutina, o unos “raros” lagartos, que al principio alguien dijo que eran “babos”, pero que realmente eran unas iguanas, así como las coloridas guacamayas, que pretendíamos hacerlas “cotorrear”, sin recibir lo esperado. Lo que nunca hice, ni por copiar a los demás, fue comer mamones, cuya extraña consistencia, que sentía entre pegajosa y acida en el paladar y la encía, me desagradaba, desaprovechando la gratuita y frondosa cosecha que daban los tres arboles del lugar, asaltados siempre por la voraz muchachada.

Del grupo de los de El Recodo, hubo uno que aprovechó ir al catecismo para otras cosas diferentes a solo salir como nosotros a jugar en los amplios espacios de la plaza, y fue Carlos, que demostrando desde ya la temprana naturaleza de enamorado, puso sus ojos en la sobrina del sacerdote, una niña bonita que llamaba la atención de más de uno, y el ávido “Pico e’ loro”, en una de fino estrategia, logró acercase poco a poco al sacristán y de esta manera al cura, mostrándose devoto y dispuesto a colaborar en tareas del templo parroquial, y por las tardes se convirtió en ayudante en la elaboración de ostias, aprovechando la ocasión para verse con su pequeña novia. En ese entonces, a veces luego de su visita a la iglesia, llegaba a la esquina con una bolsa de pequeñas ostias que comíamos como galletas, pero que era la forma de decirnos , como José Alfredo Jiménez, que “...

siguendo siendo el rey”, para que entendiéramos que “nos llevaba una morena”.

Lo que si fue cierto es que ninguno de los monaguillos, ni Carlos el improvisado aspirante a sacristán lograron abrigar la fe suficiente para abrirse la ruta hacia la carrera sacerdotal, lo cual entre los tres primeros era como la aspiración de sus padres y una bendición de Dios, ver en sus pequeños vástagos futuros pastores de la fe, y en vez del seminario se fueron a las aulas universitarias, cursando disímiles carreras de ciencias, de números, lejanas a la teología; mientras que el hacedor de ostias y de los amores de niño, se hizo militar.

Una mañana de clase, la maestra nos solicitó que para el día siguiente, cada uno de los alumnos lleváramos uno o dos libros de la casa, para ejercitar lo referente a construir las fichas bibliográficas, y que podían ser de cualquier temática. En mi casa, para decir verdad los que más habían eran los de mamá para sus clases, unos de colecciones del fondo editorial del Ministerio de Educación, las enciclopedias nuestras de cada grado, y también algunos de la época en que mi madre estudió su magisterio, publicaciones estas españolas, argentinas, puertorriqueñas o alemanas. Y entre estos debería escoger los de llevar como tarea.

Esa tarde precisamente mi hermano y yo, fuimos con papá a la casa de los abuelos paternos, ubicada en carro como a diez minutos en un hermoso paraje en las afueras del pueblo, desde donde como un mirador improvisado, se puede observar a plenitud el valle po-

blado, con sus cerros circundantes al fondo, llenos de matices diversos entre verdes y azules, que muestran las “canas eternas” de los yagrumos. De noche, el trazado uniforme de las luces brinda una mágica postal como en forma de ilusorios crucigramas iluminados por miles de luciérnagas que brillan a plenitud. Una verdadera sensación híbrida se vive allí, de estar en el campo apenas saliendo de la ciudad, por la fortuna de la casa grande en medio de árboles frutales, plantas florecidas y animales a cada lado de la carretera que conduce y anuncia la llegada de visitantes.

Un rato mas tarde de las acostumbradas bendiciones a los abuelos y tíos presentes, y una que otra plática, en una pared de la espaciosa sala percibí en una vitrina devenida en biblioteca, acomodados con uniformidad por tamaño, varios tramos repletos de libros. Ese mueble con su contenido particular siempre había estado en el mismo lugar, pero anteriormente no me había llamado la mas mínima atención, y en ese momento, su interés era producto de la petición matutina de mi maestra.

Casi todos los libros eran de los años de bachillerato o de universidad de mis pocos tíos, cuatro en total que lograron estudiar, crecidos todos en una época en la cual la masificación educativa estaba en ciernes, lo que conllevó al resto de la numerosa prole concebida en el humilde hogar, que sumaba once vástagos por todos, hacia el trabajo rápido a los varones, incluido mi padre, y los oficios del hogar a las mujeres. Le contamos a la abuela Pancha nuestra necesidad

de llevar los textos a la escuela, diciéndonos que tomáramos los que requiriéramos. Luego de revisar un rato y dejarnos llevar, creo por las portadas, al fin teníamos el objetivo. Yo tomé dos, “La Eneida” de Virgilio, y “La Revolución Rusa” de *Christopher Hill*. Por su parte Alexis escogió solo uno, “Socialismo para Venezuela” de Teodoro *Petkoff*. Era cuestión de meterlos en los bultos al llegar a la casa.

Estos eran del tío Juan que estaba recién graduado del Pedagógico, y formaban parte más que de su formación académica, de la moda ideológica del momento, y fundamentalmente de los universitarios, los cuales como el destino de cada libro que se presta, que difícilmente se devuelve, tomaron la ruta a nosotros. De esta manera, prestando libros, que nunca recuerdo a quien, he perdido no sé cuantos, lo que si tengo certeza es que son muchos, unos buenos, de gran riqueza conceptual, y otros no tanto, y me doy cuenta, cuando a veces los busco para releerlos o sencillamente revisar algo puntual, y no aparecen por ningún lado, sabiéndose entonces en el “*status*” de prestados para y por siempre.

A la mañana siguiente en clase, luego del receso comenzamos la actividad de hacerle la cita bibliográfica a los libros. Siguiendo las instrucciones de la maestra de copiar de la pizarra un cuadro, y rellenar los datos de autor, título, ciudad, editorial, año y número de páginas, había que mostrárselas a la maestra, para ella comparar el cuaderno con el libro, y que lo estuviésemos haciendo bien. Bueno, cuando pasé y lo vió y de una

vez también mi hermano porque lo llamó, vino un regaño, fuerte nos increpó delante de todo el grupo, que por que llevábamos eso, que atentaba contra la moral. Que esos eran libros malos que no se debían tener en las casas, por lo cual no debíamos cargarlos, ni mucho menos llevarlos a una escuela, y que por lo tanto éramos un mal ejemplo para la sección.

Para el momento, frío y tal vez pálido, yo no entendía nada de lo que pasaba, y creo que Alexis tampoco, del porque aquella señora, bueno que de naturaleza era un tanto “brava” y nunca se mostro tan “cariñosa” con el grupo, nos trataba así. Pensaba, ¿en qué cosas tan malas dirían esos libros?, ¿de que tratarían?, para ponerse tan molesta, y que nunca la habíamos visto así. Y lo curioso, que todo eso con apenas verles las portadas, porque ni siquiera los ojeó.

Inmediatamente nos llevó a la Dirección, y allí nuevo regaño, decidiéndose “expulsarnos” o “suspendernos”, no sé cómo era en esa época, por tres días, enviándonos a media mañana para la casa con Arturo, el buen bedel de muchos años más, quien llevaba una citación a mamá para el día siguiente. Lógicamente los “textos del mal” los decomisaron, quedando por el momento en Dirección. Claro, él nos llevó fue a donde el abuelo Rufino, ya que mi madre estaba en su escuela, y papá haciendo carreras. Por el camino, Arturo, enterado de lo ocurrido, con un tono afable, para nada inquisidor, se dedicó a aconsejarnos que no leyéramos esas cosas, y yo impávido, triste, porque me sentía, sin señalado como un niño problemático, y consciente por supuesto de que para nada lo era.

Rufino era calmo, ecuaníme, y reflexivo al hablar; parecía que pensaba un rato antes de decir las cosas, sobre todo durante su manía de masticar chimo, que luego de un silencio y escupir parte de la “peya”, soltaba las palabras, dándole el tiempo suficiente para ordenar lo que quería decir. Por eso al enterarse por el bedel, a pesar de ser conservador políticamente, y militante por muchos años de una organización electoral ligada a la iglesia católica, no fue tan duro, en cambio de los regaños que podía asumir por su condición de abuelo, solo nos dijo que eso no era bueno andar leyendo sobre esas cosas, ya que el comunismo era malo, que en otras partes les había traído miserias al pueblo.

Avanzó rápido el día entre el negocio y el solar y en la tarde, ya sabiendo que era la hora que mamá llegaba, el abuelo nos acompañó sabiéndonos temerosos por las consecuencias, nos acompañó a la casa, entregándonos la nota y tratando de suavizar el hecho, minimizándolas como muchachadas. Pero igual el chaparrón de regaños vino, seguro también acompañados con su buena dosis de correazos.

Ahora bien, yo sentí que el mayor problema para nuestra madre, no eran los libros y su contenido como tal, sino el que la citaran. Para ella la verdadera afrenta representaba, que como maestra tuviera que ir a una escuela a “resolver problemas de comportamiento de los hijos”. Eso para nada le gustaba, y cuando a los años, en mi época de liceo nuevamente la llamaron en varias oportunidades por algunas “nimiedades” mías, tonterías de adolescente que no vienen al caso,

y que igual me suspendían, no asistió y papá tampoco, tocándole al abuelo Rufino, para que me dejaran entrar de nuevo, abogar por el díscolo buen nieto.

Al día siguiente, temprano en la mañana fuimos con mamá a la escuela. Y en la Dirección reunidos con la maestra y la Directora, recibimos de nuevo los argumentos de cargar unos libros que deberían ser prohibidos por atacar la sociedad, y menos llevarse a una escuela. Le recomendaron a mamá, por nuestro bien futuro, estar más pendiente de lo que hacíamos. Ella por no refutar, y en ese entonces supongo, pensar en defender lo indefendible, así como por el respeto a una directiva y la solidaridad automática con su gremio, asintió, comprometiéndose a que no leeríamos, ni llevaríamos a la escuela, esas cosas. Realmente el ataque había sido contra los dos libros “comunistas”, y de La Eneida, pues no dijeron nada al ver que era una novela antigua. Por supuesto que se los devolvieron, los tres, ya que allá no los iban a tener.

Por el momento, se mantuvo la decisión inicial de suspendernos durante tres días, como “castigo” de la escuela; algo así, como si la maestra se salió con la suya. Y de nuevo por el camino, a calarnos la perorata hasta la casa, para evitarle pasar por esa pena; además que le dijo a papá que los llevara de vuelta a la casa de los abuelos, lo cual él fue posponiendo, y al final, al pasar el tiempo nunca lo hizo.

Ahora bien, ¿que vino después de eso? A los días ya estábamos de vuelta en clase, continuando la normalidad del salón, pero no todo fue como la maestra

quería en su rol de guía académica y forjadora de la personalidad de un alumno descarriado del corral de sus ideas, ya que pronto comencé a hacer caso omiso a sus señalamientos y a las amenazas de la casa, e hice lo que no debía hacer; de manera tal que desobedeciendo la norma, pudo más la curiosidad que el aparente deber ser, y de forma soterrada, me dediqué a leer el libro por el cual me llevé unos buenos “fajaos”. Por lo tanto, algo bueno debería tener ese libro pequeño, en cuya portada aparecía un hombre calvo de bigotes para haber llamado la atención de la docente, y no el otro que tenía el nombre de una mujer. Hube de ingeniarme formas para leer sin que mi madre se diera cuenta, y descubrí que si podía hacerlo, y así aprovechando que ya desde hacía más o menos un año me había ganado el derecho a tener un cuarto propio, y no compartido con mi hermano, leía acostado, pero con algunos suplementos al lado para taparlo en caso de que escuchara caminar a mamá por el pasillo contiguo, alertado por sus “chanclas”, práctica que mantuve hasta entrada la secundaria, cuando por no estudiar lo del liceo y más bien leer otras cosas, como una vez que me prestaron una colección de novelitas de Marcial Lafuente Estefanía, y las envolvía en un Practica de Laboratorio de Serafín Masparrote, o también incursionaba en ser un “lector de poceta”. Lo cierto fue que en menos que canta un gallo, ya me había leído las doscientas y tantas páginas de esa para mi, intrascendente saga de La Revolución Rusa de *Christopher Hill*, y juro que para ese momento no

entendí nada, solo que había alguien que se llamaba *Wladimir Illich Ulianov*, al que le decían *Lenin*, y que habían metido preso en una zona muy fría de nombre Siberia, y que luego después de unas luchas llegó a ser presidente de un país llamado la Unión Soviética. Bueno a las nueve años era mucho. Paradójicamente ese libro, que me sirvió de poco y de mucho en ese tiempo, lo volvería a utilizar y releer con capacidad de entenderlo bien unos trece años después, cuando formara parte de la bibliografía obligatoria de la Cátedra de “Historia de Europa III”, para estudiar el proceso de ruptura de la sociedad zarista y la conformación del nuevo orden estructural soviético. Lo bueno fue, que lo tenía, y no tuve ni que comprarlo, ni fotocopiarlo, ni mucho menos “luchar” por conseguir uno de los pocos ejemplares disponibles en la biblioteca de la facultad.

Pero el libro se me acabó, y quedé con una sensación de ganas de leer. De manera tal que continúe con *La Eneida*, y me comenzaron a llamar la atención los héroes y dioses de la antigüedad, y poco a poco, cuando podía iba leyendo lo que consiguiera y que me motivara a hacerlo. Y de repente aparecieron los periódicos, gracias a que un tío compraba diariamente dos o tres periódicos, y luego de que él los revisara, me los regalaba, dirigiéndome primero a las páginas deportivas, y ya pasando el tiempo, leyendo la sección internacional y el cuerpo de cultura. Asimismo fui haciéndome crucigramista, aunque en ese entonces, las hileras de cuadrillos quedaban en su mayoría en blanco.

También por esa misma fecha me hice asiduo visitante de las páginas del *Reader's Digest* y de *Billiken*, esta última una publicación semanal infantil y la vez educativa argentina, por la cual estaba más enterado de la historia, la geografía y ciertas particularidades de dicha nación austral, que de mi propio país. Estas las adquiría siempre, reuniendo parte de lo que me daban para pasteles.

Ahora bien, en cuanto a Alexis no sé realmente si leyó por esos días, o tal vez después el libro de *Petkoff* por el cual también fue señalado, pero sí recuerdo que comenzamos a sentirnos socialistas, sin saber qué era eso, he incluso empezamos a comprar unas estampillas adhesivas con figuras icónicas de ese pensamiento, y las pegábamos en los muebles, la cama, el escaparate, y luego, en señal de rebeldía en la última página de los cuadernos, pero que la maestra no se enteró. Otro que comenzó a adquirir estas imágenes del Che Guevara, Fidel o la bandera cubana, de las cuales adquiríamos la hoja completa, fue el monaguillo Luis, con quien ya por los últimos días de clase, nos dedicamos a pegar unas cuantas en los pupitres y en los tubos de las escaleras del grupo escolar, pero lo cual al final de cuentas, no generó ningún reclamo, ni citación a nadie.

Aquella incipiente afición ideológica que acaba de descubrir, la fui manteniendo silvestremente durante la adolescencia y madurándola con creces a través de las lecturas marxistas y del materialismo histórico en la universidad, típicas de un “hambriento lector”

estudiante de humanidades, las cuales más que nunca estaban en boga, pero que al pisar el cimientito de los treinta años ya había desaparecido prácticamente del todo, haciéndome en esencia libre pensador.

* * *

Ya al final del año escolar, vino paralelamente la primera comunión luego de varios meses de domingos de preparatoria. Ese día, el rito de consagración a la fe cristiana se efectuaría durante la acostumbrada misa de once, pero debíamos llegar antes, a las nueve para previamente cumplir con el acto de la confesión. Para el esperado día estrenaba un flamante flux rojo y su respectiva corbata no menos colorida, al igual que unos nuevos machotes negros, con los cuales se crecía unos cuantos centímetros; toda una indumentaria característica de una época signada por el excentricismo. Además portaba en mis manos los infaltables rosario, vela y un pequeño catecismo, más un característico lazo blanco en uno de los brazos, que complementaban la vestimenta sacramental.

Uno tras otro iba pasando el abultado grupo de niños, quienes ataviados para la ocasión, se hacían irreconocibles a la cotidianidad de todos los domingos. Los varones, casi todos portando un paltó y algunos, chaleco; mientras que las hembras, todas de vestidos blancos. Debíamos seguir las reiteradas orientaciones de la catequista, de cómo exponerle las faltas cometidas al sacerdote. Y ahí estaba yo, con los mismos desagradables dolores de estómago y la angustia que sentía en el salón de clase, ante la posibilidad de ser

pasado a la pizarra, esperando mi turno a medida que avanzaba la fila.

Y mientras tanto sacaba cuentas de que le iría a decir, ya que yo sentía que me portaba bien, dándole entonces vueltas a las ideas a ver que podía auto juzgar, además que las palabras de la instructora habían sido reiterativas en hacer una revisión personal y un acto de constricción sincero para hablar con el cura, aun cuando nos había ejemplificado algunas posibles confesiones a considerar, pero que veía que ninguna cuadraba conmigo, retrotrayendo entonces algunas situaciones que pudieran ser reveladas, como cuando a los siete años hurté una moneda de un bolívar del negocio de mi abuelo, por lo cual él me dio una gran lección de vida, hablándome de la honradez como la verdadera cara de todo hombre, y que hasta hoy me valido para respetar lo ajeno; o la vez que comprando en la bodega de “Juan Telas”, y al no prestar atención a mi pedido por estar en la puerta conversando con alguien que pasaba, en un impulso, para que se apurara, lo puyé en una pierna con un alfiler que había en el mostrador, y que al contrario, no me vendió nada, y fue a acusarme con papá que estaba en la esquina cercana; o también aquel día en que jugando a los “indios y vaqueros” golpié en la cabeza a un amiguito vecino con una llave grande de hierro hecha por mi padre, que usábamos en el juego como una escopeta, y que estaba como adorno en una pared, haciéndolo sangrar, por lo que sus hermanas mayores me amenazaron con esperarme cuando

saliera de la escuela y pegarme, pero nunca lo hicieron, ya que por un tiempo regresé a la casa por una ruta diferente, dos calles más allá; pero realmente de estas “posibles situaciones” ninguna me convencía como para decirlas, al considerarlas nimiedades.

Hasta que me tocó el momento de pasar al confesionario, donde de rodillas, ante la interrogativa sacerdotal de emitir mis culpas, de repente, por fin, sin haberlo considerado, apareció lo esperado, y le dije con voz temblorosa que había pecado al desobedecer en a la maestra en la escuela y en la casa, leyendo un libro prohibido, indagando de inmediato el presbítero que como se llamaba el “polémico” texto y de que trataba, respondiéndole que La Revolución Rusa y que era sobre unas guerras, lo cual produjo un pequeño instante de silencio.

Seguidamente, ante esto me preguntó si lo había entendido, y le contesté, tal vez de manera inconsciente, como mecanismo de evasión, que no. Entonces, con tono afectuoso me planteó que debía leer literatura acorde a mi edad y me dio la receta de oraciones sanadoras, para liberar la culpa, y culminó así, menos traumática de lo que esperaba, mi “primera confesión”, previa a la contigua “primera comunión”.

Después de aquel engorroso momento, vino un muy largo ínterin hasta la siguiente vez que me confesaría ante un sacerdote, exactamente veintinueve años, el día que contraje el matrimonio eclesiástico, y obligatoriamente requería, antes de la ceremonia nupcial, cumplir con la acostumbrada confesión pautaada para

tan importante momento de la vida sacramental. Y se me planteó bastante difícil, ya que desde aquella primera vez, asumí precozmente por voluntad propia, hacer monólogos dirigidos directamente a Dios, en su omnipresencia, cada vez que colocaba en tela de juicio, el equilibrio de mis buenas o malas acciones. Así, lo conversado en el confesionario con este segundo sacerdote, como la primera vez fue lleno de titubeos e intentos de escudriñar mis malas acciones, que solo pudieron aflorar banalidades y simplezas de mi parte, pero que de igual manera sirvieron para obtener la absolución.

Cualquiera concluiría que tan larga ausencia y distancia de una constancia confesional, pudo darme pie para literalmente “escribir” un grueso volumen de inminentes pecados, dividido en diversos capítulos, con anexos y glosarios incluidos, pero afortunadamente solo cinco minutos me bastaron para desgarnar impurezas de mi vida, limpiadas luego en un acto íntimo de contrición y fe.

Casi cincuenta años después, doy gracias a aquella buena preceptora por haberse aparecido oportunamente en mi camino, para desde aquel salón de clase, conllevarme a cometer ese mi primer pecado, carente de la naturaleza perversa de los siete capitales, pero pleno de desafío por descubrir el perenne acto de la lectura y la búsqueda de la ruta de la palabra, escrita y sentida, como una necesidad básica prioritaria a satisfacer, tan igual como el alimento diario lo representa para el organismo. Con ella y su dedo inquisidor, lo-

gré superar cualquier “miedo a la lectura”.

Por eso, sin entrar en la consideración y validez de los juicios morales, para no perder la mirada de la subjetividad, creo que así como se dicen las mentiras blancas, muchas veces oportunas, otras ineludibles, salvadoras y toleradas, también, como en este caso, existen con pleno derecho los buenos pecados, libres de malas intenciones. Valió entonces la pena haber transgredido la norma de la escuela, para encontrarme con los ojos abiertos ante el mundo, y si hubiese una utópica maquina, como la de las películas “futuristas”, que nos transportara en el tiempo, y me regresara a aquellos eventos vividos, sin dudarlo dos veces, sin arrepentimientos, volvería a repetir la misma historia.

Los campaneros de Beethoven

Otto y Frank Briegel son los pequeños hombrecillos que tocan las campanas del reloj musical de la Plaza Beethoven en la ciudad de Mérida, ubicada en plena serranía andina venezolana. A los dos muñecos de madera los trajeron de Suiza en 1970, para encargarnos de halar mecánicamente las cuerdas que cada media hora entonan con el “tilín tilán”, extractos de sinfonías del genio Beethoven, en la plaza, que al cumplirse doscientos años de su natalicio, como tributo perenne por sus virtudes creativas, con un busto de bronce alegórico erigido en el centro, fue abierta al público, pero también como un nuevo ornamento de la fría urbe, donde son comunes los parques y plazas que rinden homenaje a insignes escritores y artistas universales o de la localidad, atrayendo la presencia de diarios visitantes, que a cualquier hora del día, o incluso de la noche, se acercan a fin de disfrutar de los infaltables sincrónicos y minúsculos conciertos. En poco tiempo, el espacio se fue convirtiendo en un sitio icónico de reunión para propios y foráneos. Estos “enanos”, como coloquialmente los conocen los merideños, siempre en su apariencia taciturna, son muy viejos, ya que antes de llegar a su actual función de músicos campaneros dentro de la pequeña casita, eran desde mediados del siglo XVIII, los guardianes del reloj colocado sobre la puerta de entrada a Brienzen, un hermoso pueblo de tallistas y relojeros,

allende las montañas alpinas suizas. Los había creado un hábil artesano de fino pulso llamado Fritz Brieger, del cual los lugareños le heredaron el apellido, y le acomodaron los nombres de Frank y de Otto, como forma de reconocerlos o saludarlos cuando alguien ingresaba o salía del poblado.

Y tal como le ocurrió a Pinocho, poco a poco fueron cobrando vida; invisible esta para los humanos, ya que en su inmovilidad solo podían observar, percibir el mundo que los rodeaba, pero vida al fin en el mundo de los estatuas, y de tanto escuchar conversaciones de los transeúntes que iban y venían, aprendieron el lenguaje de los humanos y pasaban largos ratos charlando entre ellos, aunque ante la monotonía y no tener nuevos temas de que platicar, entraban en un profundo mutismo, que duraba, hasta que alguno de los dos lo rompía con un comentario mordaz, sobre alguna parejita furtiva de jóvenes enamorados, que ante las rigurosas prohibiciones de los celosos padres, en repensadas estrategias de escape, por las tardes, buscaba en el cercano lago, un espacio de secretos encuentros para expresarse las promesas de amor eterno.

Una noche, pasados varios años desde que fueron tallados, los pequeños guardianes descubrieron que podían tener movimientos, cuando dentro de una fuerte nevada, y en la cual, ante las inclemencias del tiempo no había ni una sola alma fuera de sus casas, sintieron moverse sus ojos, sus cuellos, los dedos, que se hacían flexibles. Fue así, como por primera vez es-

tiraron sus piernas y sus brazos, arriesgándose a dar tambaleantes pasos que pronto lograron controlar, para comenzar un paseo que los llevó a la plaza, y de ahí al helado lago a orillas del poblado, tomando luego la senda bordeada de altos abetos hasta el pie de las montañas, y retornar cansados, horas después a su sempiterno puesto de trabajo.

Alegres por la inigualable caminata vivida, entendieron al rato, ya vueltos a su estado natural, que la experiencia había sido momentánea. Pero esto volvió a ocurrir al año siguiente, y así sucesivamente, nevada tras nevada, las cuales esperaban con ansiedad durante todo el año, sabiendo que por unas cuantas horas de un solo día, serían entes animados ante la ausencia de seres humanos, tratando de aprovechar al máximo la magia de esa vida pasajera, para conocer nuevas cosas. Buscaban cada vez rutas diferentes, de trechos no tan largos, y pudiendo pues regresar a tiempo.

En una ocasión, encontraron en el pórtico de una casa, dos pares de esquíes, los tomaron y subieron a una montaña cercana, donde luego de varios intentos llenos de caídas y levantadas, pudieron, entre interminables carcajadas que retumbaban con el eco de la cordillera, sentir desplazarse con soltura sobre la blanca nieve, tal como tantas veces habían observado hacerlo a los jóvenes del lugar.

Pero tal vez, el momento que mas disfrutaron en sus improvisadas correrías, fue cuando una madrugada entraron con sigilo a una vivienda, rebuscando por su rincones con tímida curiosidad del desconocimiento,

y en un armario de la cocina, consiguieron como un tesoro ineludible, envueltos en una bolsa de tela, unos panes redondos y suaves. Jamás antes habían sentido la sensación de comer, y el sabor agradable del trigo les encantó. Fue un gran descubrimiento para que en años posteriores, buscaran ansiosamente galletas o potajes que hubiesen quedado de las comidas del día. Paulatinamente, Frank y Otto se hicieron dueños del tiempo, de su propio tiempo, y el reloj que cuidaban, les permitía multiplicar los segundos para hacer horas, y las horas las llevaban a días, para sacar cuentas por los sincrónicos cambios estacionales, de que los colores rojizos del otoño, antecedian la blanca apariencia y el frío de la nieve, el cual para nada afectaba ni entumecía su cuerpo, hecho de buena madera.

Por muchos años, y para muchas generaciones que reemplazaron unas a otras, continuaron siendo los que daban la bienvenida y despedida a quienes entraban y salían del pueblo, aún tiempo después de que el pesado reloj fue trasladado a la iglesia local, para sustituir al añejo aparato que desde siempre había servido de guía horaria a la población, pero que burlonamente comenzó a retrasarse en media hora, que pronto se convirtió en una y luego en dos, y dos en tres, hasta que la mañana era la tarde y los gallos, desincronizados cantaban al mediodía, alterándose las jornadas de trabajo, de la siega del trigo, de la molienda de la harina, del pastoreo y ordeño de las ovejas o la diaria elaboración del pan por el maestro panadero, quien por las mañanas lo distribuía caliente entre las fami-

lias de mejores recursos, que obviaban ya la tradición milenaria de hacerlos en sus propios hornos caseros. Situación confusa que se mantuvo hasta que el señor alcalde del pequeño poblado, sabiamente decidió el inminente cambio de instrumentos.

Con el tiempo, cuando el pueblo creció, la puerta de entrada fue demolida para que el viejo camino se convirtiera en carretera, por donde llegaron automóviles que reemplazaron a los antiguos coches, y también nuevas costumbres y modas, y de un momento a otro, Otto y Frank fueron a dar a manos de un anticuario, acomodándolos juntos en un rincón del lóbrego negocio, para ver si alguno de los nuevos ricos que venían atraídos por las beldades del lugar, dispuestos a explotar la atracción de turistas, los quisiera comprar para colocarlos como adornos, en el jardín de una posada, a la usanza de los enanos de Blanca Nieves, que simulaban jugar inanimadamente sobre gramas bien cortadas. Al ver que sus colores estaban marchitos y la madera agrietada por el inminente paso de los años, buscó hacerlos atractivos, contratando para ello los servicios de un reconocido tallista, quien resultó ser descendiente de Fritz Briegel, el hombre que siglos antes les había dado la forma, mas no la vida. Días después estaban totalmente restaurados, como recién hechos, bastante coloridos y brillantes. Sin lugar a dudas, el buen arte también se transmite por medio de la genética.

Durante esta nueva etapa de reposar por muchos años apretujados, entre viejos relojes, pinturas de vírgenes y

mártires, nacimientos, ollas de cobre, armaduras y espadas medievales, porcelanas, lámparas, sillas, esquíes, juguetes, instrumentos de labranza, chaquetas y gorros de lana, baúles, barriles, escopetas, trofeos de caza y algún que otro libro raro de Alquimia con degastadas tapas de cuero, por supuesto que rigurosamente como todos los años, tomaban su corta dosis de vida, pero raramente salían, se quedaban allí revisando los diversos artículos, y de hacerlo, era a las casas vecinas en busca de algún alimento que saborear, siempre exquisito, ya que su conversión siempre coincidía con las festividades navideñas, que era cuando las amas de casa se esmeraban en preparar sus mejores viandas, y con mayor abundancia de lo normal, por lo cual siempre quedaban en la despena, manjares que rebuscar.

Ahora bien, ¿de cómo llegaron a ser los campaneros oficiales de las melodías de Beethoven en una lejana plaza americana?, supongo que debió ser por la pericia y decisión momentánea de algún cónsul o diplomático venezolano en Europa, a quien le encargarían buscar en el país de los relojes, uno acorde para el proyecto del homenaje a Beethoven, y entre “trabajando y turisteando” por los encantos de las postales reales de los pueblos alpinos, los vio en la venta de la tienda de antigüedades, y seducido por las pequeñas tallas con figura humana, entendió que podían acompañar al reloj deseado, por lo que no le quedó otra alternativa que comprarlos como bienes culturales para su nación. Así fue como luego de dar con el reloj adecuado, hicieron los ajustes necesarios para inte-

grarlos como parte fundamental de la novedosa idea arquitectónica, artística y musical, siendo los futuros encargados de tocar las campanas para dar las horas.

A los pocos días, fue cuestión de montarlos en el avión para el viaje trasatlántico, embalados en cajas, y por supuesto acompañados del reloj, pasando el ancho océano que los conduciría de unas montañas nevadas a otras distantes que también mostraban una cresta blanca, pero no tan abundante ni agreste, como la que observaban a diario desde su sitio de estáticos guardianes en el bucólico Brienzen.

Al llegar a Mérida, pasaron unos cuantos meses en unos oscuros depósitos llenos de polvo y muebles deteriorados, donde el silencio abrumador solo era roto por los chillidos de una manada de ratones que habían hecho su guarida allí, generando en Frank y Otto, como nunca, un profundo aburrimiento, que ni siquiera en los años de la tienda de antigüedades sin ser vendidos, habían sentido.

Hasta que por fin llegó el día en que los colocaron en la plaza, dentro de su nuevo hogar, una pequeña réplica de las típicas iglesias suizas, con su gran reloj en la parte superior frontal y su respectivo campanario, y cada uno de ellos sosteniendo las cuerdas de las campanas, que por medio de control mecánico, cada media hora, hacían sonar de manera aleatoria, una de las nueve sinfonías compuestas por el genial músico, nacido en la ciudad alemana de Colonia.

La inauguración se hizo con gran fausto, a la cual asistió el presidente de la República, alternándose la

jornada entre varios discursos de distinguidos oradores que resaltaban el talante del artista, y dándose con un concierto de gala, ejecutado por un cuarteto de cuerdas exclusivamente traído desde Munich para la ocasión, la apertura de un Festival homenaje a Ludwig van Beethoven, donde por varios días sucesivos se presentarían orquestas sinfónicas nacionales y del exterior. Indudablemente que el magno evento, captó la masiva atención y presencia de muchos ciudadanos.

Desde el principio, habían tenido el conflicto de no entender nada. Claro, hablaban alemán, y ahora estaban en tierras de idioma castellano. Pero la mágica experiencia de haber vivido tantos años, ya bicentenarios desde hacia tiempo atras, les había despertado una intuición, sabiduría e inteligencia superior, que les permitió en poco tiempo entenderse y dialogar entre ellos, fluidamente, en español, incluso sin acento extranjero, como si esta en realidad fuera su lengua originaria.

La Plaza Beethoven desde entonces se veía frecuentada a diferentes horas por gentes de toda edad, pero sobre todo por jóvenes, ya que Mérida desde hacía muchos años era una ciudad universitaria que atraía estudiantes de todo el país y de otras naciones cercanas. El área es un gran cuadrado, de calles entrecruzadas, con dos alas principales divididas por un patio central lleno de bancos de madera. En una, en medio del césped y varios árboles de diferentes especies, domina la pequeña iglesia musical; y al frente, sobre la grama, un inmenso reloj, donde la señalización de las horas, está ornamentada por diversas flores que

lo convierten en un colorido jardín, el cual no da la hora, pero brinda alegría y belleza al espacio.

Aparecían entonces, ancianos conversando amablemente en los bancos, estudiantes en grupos o solos, leyendo bajo la sombra de los árboles, parejas de enamorados que trataban de detener el avance del tiempo, así como niños correteando por todos lados, pero sobre todo, personas que pacientemente esperaban plantados frente a ellos, que al son del toque de las campanas, entonarían las diferentes sinfonías; era la nueva realidad que vivían los pequeños muñecos de madera. Atrás quedaron Los Alpes, el tranquilo lago, las montañas nevadas y los pastores con sus rebaños de ovejas. Los campaneros escuchaban entonces cosas nuevas, por estas gentes que no eran tan blancas y de tez rojiza como ellos mismos, suizos montañeses, y más al contrario, eran muy diferentes, algunos sí blancos, pero otros más oscuros en diferentes tonalidades, y de cabellos también variados.

Con el paso de los días, la alegría de saber que se acercaba el momento de tomar vida, los reconfortaba, aunque sí les inquietaba que por sus cuentas del tiempo, ya deberían estar los árboles tornándose de matices anaranjados y perdiendo sus hojas, para al final quedar con sus copas totalmente desnudas, esperando cubrirse de un blanco manto; al igual que notaban mucha inestabilidad y cambios constantes en el clima, pasando en cualquier momento de días soleados y secos, a violentos chaparrones, acompañados de vientos fríos, que podían durar varias jor-

nadas, y volver nuevamente a largos periodos secos y extremadamente calurosos. Pronto descubrirían que en la nueva tierra no se daban las cuatro estaciones, que con una exactitud casi milimétrica, durante ciclos de tres meses, determinaban la vida de los habitantes en su pueblo natal.

Por fin llegó diciembre, el cual coincide con las nevadas invernales suizas, y los árboles de la plaza comenzaron a adornarse con luces de colores intermitentes, que por las noches daban un alegre espectáculo al ambiente; al igual que en las casas del frente, de igual manera iluminadas, mostrando en sus puertas decorativas coronas de muérdago con flores rojas, que asemejaban a las que también acostumbraban colocar por esas fechas, en el pueblo de Brienz. Quedaba saber, ¿cuándo sería el momento de llenarse de vida nuevamente? El problema era que no nevaba, y por lo tanto la gente no tendría la necesidad de encerrarse en sus casas. Esto los atormentaba, al pensar que tal vez mas nunca tendrían la oportunidad de gozar de movimiento, y poder así caminar, y correr o comer; esto último, lo que realmente era de su mayor agrado. También advirtieron que los días se hacían más fríos que de costumbre, a pesar de que la temperatura casi siempre se mostraba fresca y agradable, pero sobre todo por las noches, cuando los visitantes a la plaza, portaban gruesas chaquetas, que algunos acompañaban con gorros, bufandas y guantes. No era extraño que hubiesen los que llevaban algunos instrumentos musicales, con los que acompañaban

alegres canciones navideñas parecidas a los tradicionales villancicos, los cuales eran más lentos y nostálgicos. Los Briegel se sonreían amenamente, al ver como jóvenes y adultos bailaban al son de lo que oyeron se llamaban, unas gaitas y otras aguinaldos, como si fueran polkas o acompasados vales.

Por ese mismo tiempo, una tarde notaron que durante todo el día, paradójicamente no habían ido visitantes, además que en las viviendas vecinas, desde tempranas horas de la mañana, había un mayor movimiento que el habitual, saliendo y entrando personas con paquetes y bolsas, y sobre todo con una actitud de demostrado regocijo. De las mismas, también se dejaba escuchar música, lo que realmente les sonaba extraño, ya que siempre estas parecían más bien solitarias. Sencillamente, lo que ocurría, es que era el veinticuatro de diciembre, víspera de la Navidad.

Esta fecha también era celebrada en su lejano pueblo de origen. Eran unas navidades blancas con nieve verdadera incluida, donde sus habitantes se reunían en los hogares, adornados desde días anteriores con cintas y flores rojas, combinadas con el verde de ramas y hojas, entonando villancicos. Se veían a los pueblerinos vestir sus mejores galas, para tarde en la noche, luego de que sonaran las campanas que invitaban a misa de gallo, a la que asistían en medio del frío de la calle, disfrutar de vuelta en sus viviendas, entre risas y voces altisonantes, ricos manjares preparados para la ocasión, como ovejos y gansos asados, rellenos con quesos, hierbas y frutos, también tartas, panes, mermeladas y dulces, que

acompañaban con bebidas que transmutaban las risas en carcajadas, y que también les daba mágicavirtuosidad a algunos que tomaban cualquier viejo acordeón, o una simple sinfonía, y ponían a bailar gozosamente a todos, y con mayor soltura a los jóvenes, hasta cercana la madrugada.

Mientras tanto, las mujeres mayores se dedicaban a admirar y repetir bonitas palabras a un pueblo en miniatura, en medio de montañas hechas de telas de colores, que colocaban en un rincón, con pequeñas figuras de madera, representando la escena del nacimiento de un niño, rodeado de sus padres, otras personas y animales domésticos, resaltando la abundante presencia de pastores y rebaños de ovejas por todos lados, con su vista dirigida hacia una estrella colocada sobre una humilde casita de tabla, donde estaba ubicado el bebé.

Los pequeños hombrecillos, recordaban los diversos personajes de ese mundo de fantasía, porque en la tienda de antigüedades, habían varios de ellos, ya que eran de los objetos que más se vendían; y el anticuario constantemente los reemplazaba por otros nuevos, que conseguía con su sagacidad de acucioso comprador, para satisfacer el gusto de los visitantes por obtener uno de ellos, bien fuera de madera, cerámica, marfil, o metales como cobre, bronce o plata.

Avanzadas las horas, y ya entrada la noche, ante la aún notoria desatención por la plaza y por ellos, Frank, meditabundo, sintió la sensación de moverse, para de inmediato soltar la campana, y por primera vez salió de

la pequeña iglesia a recorrer la plaza que tanto conocía, siguiéndolo Otto con singular alegría. Curiosamente no había una fuerte nevada, pero igualmente caminaban, y decidieron irse a conocer la ciudad, totalmente inédita para ellos, ya que solo habían estado en ese lugar y antes en el oscuro depósito, en el cual habían pasado aquellos aburridos meses desde su llegada.

Aunque en la cercanía se sentía la presencia de personas, he incluso oteando un poco más lejos, distinguieron unos niños que jugaban en la calle, una fuerza extraña los impulsó a darle rienda suelta a sus pasos. Avanzaron con timidez y prudencia, y al pasar por el frente de los chicuelos, se dieron cuenta que aquellos los miraron, pero indiferentes habían continuado en su infantil entretenimiento; era como si el cambio de ambiente los hubiera humanizado, y podían andar entonces sin miedo de ser vistos como seres extraños.

Siguieron su camino por calles iluminadas y llenas de adornos en los postes de la luz y en los frentes de las casas, las que mantenían todas sus puertas abiertas. Sorprendidos observaban la nueva realidad. Muchos vehículos transitando. Gente en las aceras, reunidos en grupos que compartían alegremente ante la jocosidad que unos dejaban ver, moviendo ágil e imparablemente sus manos despertando la risa de todos, como si fueran directores de una orquesta, mientras escuchaban música altisonante, y con botellas en sus manos, de las que bebían asincrónicamente.

Otto sintió la curiosidad de asomarse por la ventana de una casa, y al acercarse, le llamó la atención un in-

menso pesebre, que ocupaba casi toda la habitación, con muchas montañas, un lago y un río cercanos a una aldea, y entre muchos animales desconocidos, aparte de sus familiares ovejas al cuidado de pastores, estaban las figuras que simulaban el nacimiento de un niño, y la atención del resto por él, retrotrayendo los vistos en el pasado. Al ver la puerta de par en par, convenció a Frank que debían entrar, lo que dubitativo, este ultimo aceptó.

Ingresaron cautelosamente unos metros por un zaguán, y observaron que varias personas de diferentes edades conversaban amenamente en una amplia sala, mientras que otros cuatro, sudorosos bailaban las canciones que salían de una mesa cuadrada de madera, donde unos delgados platos negros daban bajo un brazo de metal que los aprisionaba, rápidas vueltas, antes de que los cambiaran por otros que sacaban de unas vainas cuadradas, que como filosas espadas los envolvían. Al notar los habitantes de la vivienda su presencia, una señora de mediana edad, sonriente se acercó a ellos, y los invito a que pasaran más adentro, preguntándoles que si eran nuevos en el sector, ya que no los reconocía entre sus vecinos; contestando Frank con agudeza, que realmente vivían en otra zona aledaña. De igual manera, la gentil mujer, les dijo que eran bienvenidos, y se quedaron un rato a compartir la Nochebuena.

De inmediato, al sentarse con el grupo que platicaba, les hicieron llegar unos vasos con un liquido cremoso de color blanco que despedía un atractivo olor a

leche, vainilla y roble, y que los anfitriones, diciéndolo la palabra “salud”, gustosamente tomaban. Los duendes hicieron lo mismo, y al tragarlo les pareció de un raro, pero agradable sabor, que además sintieron les estremeció su piel, ahora suave, y no la dura de la madera de siempre, como buenos troncos que habían sido finamente tallados. Era una sensación extraña, que alteraba sus sentidos. Al terminarse la bebida, sonrientes, entre la conversa del momento y no tantas preguntas, vieron con beneplácito, como unas cuantas veces más les recargaron los vasos.

Transcurridas casi dos horas, la señora que los había invitado a quedarse, que parecía ser la que decidía las acciones en esa residencia, manifestó que ya era tiempo de cenar, pasando el grupo al comedor, donde unos tomaron asiento alrededor de la mesa, y otros en sillas cercanas, así como en un muro pequeño que daba a un patio. Les sirvieron la comida a cada uno en unos platos grandes, que contenían diferentes cosas, pero lo que más gustó a Frank, fue unas tortas rectangulares de una masa amarillenta, rellenas de un sin número de ingredientes de marcados sabores que incluían trozos de carne, vegetales, granos, frutas verdes y negras, pero que al cocinarse juntos, parecían amalgamarse para dar un sabor único y especial, que incluso, en un estado de euforia que nunca él había sentido, pidió que le sirvieran otra, a lo que de inmediato le trajeron dos en otro plato, pero con la salvedad que venían sobrepuestas en unas grandes hojas verdes, donde por el olor impregnado, intuyó las habían cocinado.

Luego de comer, y mostrándose todos satisfechos, regresaron de nuevo a la sala para continuar la celebración, y entonces dijeron que iban a intercambiar regalos, señalando unos envoltorios que se encontraban desordenados, al pie de un pequeño árbol sintético lleno de pelotas, campanas, bastones y cintas que lo cruzaban, bajo una estrella brillante en su copa. Eran varias cajas y paquetes forrados en papel de colores, que cada uno de los miembros del grupo familiar, contentos comenzaron a tomar. Y antes de que iniciara el compartir, los pequeños campaneros dijeron agradecidos, entre abrazos, que debían retirarse. De nuevo en la calle, los Briegel pensaron que aún era temprano para regresar a su plaza, por lo que, alegres por los efectos de la bebida, sin rumbo fijo, siguiendo la ruta que sus pasos establecían, y después de un rato del andar, llegaron a una encrucijada con una amplia avenida, que se veía sumamente pendiente y donde estaban un grupo de jóvenes y niños, que se lanzaban por ella en unos rústicos carros, contruidos de madera, que tomaban grandes velocidades mientras avanzaban cuesta abajo, y por lo tanto, pudieron ver como algunos colisionaban entre ellos o también de otros que se volcaron, propiciando que los conductores se golpearan en brazos, piernas o en la cabeza. Eran de diferentes dimensiones y formas, unos pequeños, en los cuales andaban solo uno o dos muchachos, y otros, más largos, donde se acomodaban, como pudieron observar, hasta diez o doce jovencitos. De manera común tenían un sencillo sis-

tema de frenado, con amarres de sogas y trozos de un material negro y flexible, pero que ante todo, exigía la probada pericia de los conductores, para poder en el momento preciso, contener el rumbo y velocidad de los pesados armatostes.

En ese instante, Frank recordó las innumerables veces, que en Brienz, habían esquiado por las oblicuas montañas y la sensación de libertad que la velocidad les producía. Y de una, casi sin pensarlo, pidió a los chicos, les permitieran montar en los carros. Al rato, ambos, frenéticos, riéndose a carcajadas, iban sentados en la parte posterior, en la compañía de dos chicos, chocando en su cara la brisa fría de la noche, por el veloz desplazamiento que se intensificaba en tan inclinado recorrido.

Al culminar la ruta, con los frenazos necesarios por parte del conductor, para evitar continuar por una vía que se hacía más empinada, y por lo tanto duplicaba los riesgos, había que subir al sitio de salida, para repetir la temeraria experiencia, lo que implicaba halar el pesado vehículo cuesta arriba. Los pequeños suizos pudieron hacerlo, pero pensaron en regresar a su plaza, ya que no sabían realmente donde estaban, y que pues, ya vendrían otras oportunidades para conocer algo más de la ciudad. Alteradas sus mentes aún por la bebida avainillada, habían olvidado la ruta caminada, pero confiaban en que sin problemas la conseguirían. Se despidieron entonces de los jóvenes, sin preguntar por la plaza de Beethoven, para no despertar sospecha alguna, o en el peor de los casos, ser reconocidos.

Retomando su marcha, avistaron a la distancia las luces de una plaza que creían era la suya. Apresurando sus pasos acortaron pronto el camino, y al llegar observaron desilusionados que esta era más grande. Indudablemente era otra de las tantas plazas y parques que existen por doquier en la ciudad. En ella, aparte de una gran estatua de un hombre a caballo, y una hermosa fuente de agua en medio de una arboleda, destacaba un inmenso nacimiento con sus personajes del tamaño de los humanos, y animales también de dimensiones normales.

Al acercarse, notaron que las figuras los miraban fija y extrañamente; parecían sorprendidos. Había una conexión ineludible entre ellos, que se descubrió cuando el padre del niño que dormía plácidamente, tendido sobre una caja de madera rellena de paja, les dirigió la palabra, manifestándoles que a pesar de que tenían movimiento, se veía que también eran estatuas; preguntándole además, de donde eran. Frank respondió que sí, que eran hechos de madera, solo que desde hacía mucho tiempo, una vez al año gozaban de la dicha de por unas horas cobrar vida; así como que eran los encargados, desde hacía unos meses, de tocar las campanas de una minúscula iglesia, en la plaza de Beethoven, pero que en realidad provenían de una región muy lejana. También le dijo que salieron esa noche a recorrer por primera vez la ciudad, y estaban prestos a regresar, antes de que los humanos percibieran su ausencia, solo que lamentablemente habían perdido el rumbo, por lo que les agradecerían pudieran orientarlos.

Uno de los pastores, que portaba la cría de una oveja en sus brazos, les manifestó a los Briegel, que por su experiencia en guiar rebaños, estos debían seguir su intuición, pero sobre todo caminar en línea recta siempre, hasta que el olor de los árboles de su plaza, les indicara que era la correcta. Antes de irse, conversaron un rato mas. Supieron que las estatuas del pesebre solo hablaban entre ellas, pero eran rígidas, sin movimiento, y que los colocaban allí, durante unos dos meses, hasta que los guardaban, y nuevamente los sacaban al año siguiente por las mismas fechas.

Frank se arrodilló delante del niño, y quiso cargarlo, pero la madre, celosa por el cuidado del bebé, se lo negó por miedo a que lo dejara caer. Le dijo que ese niño era muy importante para la humanidad toda, y que haría muchos milagros cuando fuera adulto, pero que sin justicia, moriría tempranamente en una cruz, lacerado por la incomprensión del mundo, aunque su nombre seria eterno. Los campaneros se despidieron, prometiendo que algún día futuro regresarían a tan agradable espacio, a compartir sus vidas, como partes de un universo común, pleno de una magia particular, al cual por cuestiones de destino pertenecían.

En el recorrido que daban de retorno, libres poco a poco de los efectos alegres del liquido bebido, reafirmaban el hecho de que todo era tan diferente, pero parecido a la vez, a lo vivido por tantos años en los distantes Alpes suizos. La ciudad era más grande y por supuesto, con más gente, con otras formas de ser y modos de actuar, pero que igual, en ambos lugares

celebraban y vivían la Nochebuena a su manera, buscando recordar con alegría el nacimiento de un niño, destinado a reinar eternamente en el corazón de los hombres.

Al fin llegaron, extenuados, pero felices por los pasos andados, mas no perdidos, como andariego de una ciudad desconocida, pero que ya no se les hacía extraña, sino que se sentían parte de ella. Sin perder tiempo ubicaron sus puestos, tomaron las campanas, y la rigidez de nuevo se apropió de ellos. Cinco minutos después, el reloj marcaba las seis de la mañana, y los enanos daban su concierto de rutina, entonando acordes de la Novena Sinfonía de Ludwig von Beethoven, ante sus únicos y atentos espectadores, dos graciosas ardillas que habitaban en los árboles de la plaza, y que parecían hipnotizadas en ese día de navidad, ya que ni siquiera el serio busto del músico, en medio de su agresiva sordera podía escucharlos. Debería entonces pasar un año completo, para volver a caminar por las alegres calles de su adoptiva ciudad.

El poema del silencio

Un poema del bardo mexicano J P Hernández Oliva, titulado “Poema en Silencio”, me remontó unas cuantas décadas atrás, por allá a mediados de los ochenta del pasado siglo, a una tarde de tertulia en el viejo café del frente de la Facultad, en la sede vieja del norte de la ciudad. Entre cervezas, humo de cigarro y la cadencia de Rubén Blades y algo de Nueva Trova Cubana, las horas transcurrían en un corral de conversaciones trashumantes, que iban y venían desordenadamente de la diatriba historiográfica a los resultados dominicales del fútbol para pasar a la última película de Al Pacino.

De los cinco iniciales amigos, ya quedaban dos sillas vacías, luego de que a eso de las 5 pm, Miguel y Eduardo, se fueron al infaltable encuentro con el Comedor Universitario; mas pudo el sonido estomacal que el amargo adictivo de una rubia Polar.

Ya Carlos, había pedido la guitarra que estaba guindada en la pared siempre a la orden de todo trovador improvisado, para entonar baladas o rancheras, de acuerdo a las exigencias de los grados étlicos y las muchachas presentes.

De repente se apareció con boina y su larga cola de clineja, Le Comte Blue, como él se hacía llamar. El Conde Azul, como realmente le llamábamos, lo cual no le gustaba mucho, aunque al final, luego de mordisquear unos susurros ininteligibles, aceptaba por-

que al final de cuentas le investía de esa altivez nobiliaria, aunque fuera buen mestizo de llano adentro llamado Alcides. Sabíamos entonces, que había que callar la música y escuchar su consuetudinario concierto poético, y parado el poeta en un improvisado auditorio, al centro del local, sacaba de los grandes bolsillos del viejo paltó gris, poemas arrugados que iba reciclando unos y pariendo otros, todos existencialistas y mortales, y comenzaba a leerlos, para recibir el tributo entre aplausos nuestros, y cervezas que el cantinero al azar anotaba a la cuenta de los clientes. Así Le Comte tomaba gratis, y vendía poemas a la carta, baratos, por mas cerveza o una empanada.

Pero esa tarde, llegó más serio que nunca al Café Concert, y dijo que ese sería el mejor de sus recitales, ya que había pasado sin dormir la noche preparándolo. Se paró en su tarima inexistente, al frente de todas las mesas, y con la atención ganada de todos, sacó una hoja del bolsillo, se puso los lentes, levantó la mano para comenzar su lectura, y todos esperando que nos sorprendiera con algo nuevo digno de su rancia hidalguía, movió el brazo en forma enfáticamente explicativa, y el auditorio expectante ante su genial poema que pensábamos lo tenía atragantado, cuando a los casi tres minutos, hizo la venia al público como todo triunfador luego de culminar su faena, y en voz ronca, dijo: ¡Muchas gracias! ¡A culminado el Poema del Silencio”. Por supuesto, no recibió aplausos, pero siunas cuantas cervezas hasta el anochecer, entre las risas por haber timado nuestro tiempo.

La maga de la risa

Hace unos cuantos días que la Gorda ya no está. Tomó un viaje sin retorno hacia la tierra de sus ancestros. Yamileth era su nombre, pero cariñosamente la llamábamos la Gorda, guiados por sus rechonchos cachetes, que con fuerza contenían como frenos de lado a lado, las frondosas risas y carcajadas que a cada instante emanaban de lo más profundo de su ser, acompañando en bonhomía y picardía sus oportunos comentarios. A Yamileth, no se le escapaba nadie; en cualquier momento llevaba su dosis de humor.

Pero realmente era ella la Maga de la Risa. Creo tenía en su poder una varita mágica invisible que hacía que hasta el más gruñón y caradura, sucumbiera ante sus a todo momento y frenéticos chistes, y lo afirmo, por mi, ya que por naturaleza soy de humor difícil, de ceño arrugado y negado a la risa fácil, pero con la Gorda, toda esa resistencia caía, para dibujarme una obligada sonrisa y hasta mas.

A ella la conocí hace unos cuantos años atrás, en un curso de postgrado, donde al poco tiempo, luego de conformar esos acostumbrados grupos y salir a flote los liderazgos de turno y colocar informalmente las reglas de juego, que construyen la “terrible armonía” de la convivencia y el compartir académico, se hizo notar a punta de chistes la Gorda, para ganarse por derecho propio, un espacio en la confianza de todos. Sabía en que momento, lanzar sus flechas, para di-

resolver algún encontronazo intergrupal, colectivo o individuales por diferencias de visiones pedagógicas, ideológicas o culturales, y todos a reír con sus ocurrencias, era entonces dueña del escenario, y los profesores así lo entendieron, que era un termostato para equilibrar la balanza y limar asperezas. De esta manera, la larga y a veces tediosa escolaridad, se nos hizo más amena.

Era Docente. Oficio que ejerció con conocimiento, ganas y responsabilidad, pero creo, que realmente era una actriz que nunca ejerció su carrera. Me convenció de esto cuando una fría noche, en un Seminario práctico del postgrado, participó en una obra de teatro, en la cual personificó a una Maestra rural, que durante la hora que estuvo en escena, exprimió al máximo las carcajadas del grupo, con absurdas e ilógicas historias de las andanzas y desventuras de la imaginaria picara, enamoradiza e irresponsable educadora de cualquier alejado campo venezolano llamado “San José de Cochino Triste”, que sin aviso previo era visitada por sus supervisores para diagnosticar a sus analfabetas estudiantes.

Recuerdo que esa actuación de Yamileth, opacó al escenario, al resto de actores y a la intención pedagógica y temática de la actividad y de la profesora de la Cátedra; ella se ganó hasta la última sensibilidad, con una merecida e interminable tormenta de aplausos, como premio justo a esa magnífica opereta de risas sacras.

Desde esa noche me convencí de sus inmensas cualidades histriónicas, que de plano con naturalidad superaba a varias cuadras llaneras, a las acartonadas

“cómicas” de “Radio Rochela”, “Cheverísimo” o el añejo “Show de la Risa” de los años setenta del otrora buen Canal 8, que mas que risa a mi me producían otra cosa, y que de haber estado en el momento y lugar indicado, seguro hubiese triunfado con creces en el difícil arte del buen humor. Era pues una mina de diamantes en bruto de la comicidad sin explotar. Faltó quien la descubriera profesionalmente, la colocara al lado de la realeza del “Conde del Guacharo”, en cualquier escenario que aguantara sus genialidades, y hacer fortuna vendiendo videos sobre “El Show de la Gorda” o “Yamileth, entre risas y rosas”. Y por supuesto siempre que la veía, se lo decía: “eres histriónica, y muy buena por cierto”.

Debo aclarar, que también era seria y que le gustaba lo que hacía con sus alumnos, y que tenía una excelente didáctica propia para enseñar. Con profundidad exponía cuando le correspondía hacerlo en cada Seminario, pero además era adicta a participar en las discusiones temáticas con posiciones y comentarios sumamente acertados; de igual manera, el problema para mí era diferenciar cuando hablaba en serio o lo hacía en broma, ya que con ella, la amenidad podía sobrevenir en cualquier momento.

O cuando, para el día del acto del Grado, se encargó de organizar la actividad religiosa. Ya estaba enferma, pero como abnegada directora de orquesta, con una delicada minuciosidad días antes de la Misa comenzó su función, para coordinar cualquier detalle, y así en la vetusta Catedral, el acto litúrgico fue realmente

hermoso. Pienso, que más que nadie estaba clara de sus tiempos, y quería ganarle tiempo al tiempo, y por eso, la oración común pletórica de fe, tuvo su sello personal. En este momento analizo, que esa fue su despedida adelantada para el grupo.

Ahora bien, la última vez que la vi y converse con ella, fue una tarde que por casualidad pasaba yo por el frente de su casa y estaba en la puerta, recibiendo unas amigas. Se notaba frágil, pero no daba espacio a la tristeza. Pasé y conversamos un rato, unos treinta minutos, donde regresaron en cambote anécdotas que nos dispararon la risa, como mi evidente torpeza para bailar, y que claramente para La Gorda, yo era dueño de dos pies izquierdos reñidos totalmente con cualquier ritmo, y que me ganó el bautizo por parte de ella de “El Hombre Imperfecto”. Nos despedimos con un fuerte abrazo y las promesas de celebrar más temprano que tarde, el viejo sueño de reencontrarnos con nuestros pasos colectivos perdidos hace unas décadas atrás, y brindar por un nuevo amanecer, cantándole al son de unas buenas gaitas a la esperanza y la alegría.

Imagino que Yamileth debe estar haciendo de las suyas en las llanuras celestiales, literalmente “matando” de la risa a cuanto santo y ángel se consigue en su camino, ruborizando el pudor de beatas y monjas con mordaces chistes picantes, evadiendo disimuladamente la censura de San Pedro y pidiéndole además a Dios Todopoderoso con todas sus ganas, para su familia, sus pequeños alumnos que hoy la extrañan y para el cumulo de amigos, nos envíe permanentes lluvias de bendiciones.

Un día de cuarentena

Sábado Santo, en medio de la pandemia de 2020. Esta mañana, dentro de la irregularidad inusual de mi reloj biológico, alterado en estos ya cuantos días de cuarentena, obligada y voluntaria, preventiva ante ese virus que lacera la población mundial desde fines del año pasado, me levanté temprano, con la firme intención de salir a comprar alimentos.

Ciertamente, debía ir temprano, apurado, ya que el horario de compras impuesto, establece abastos abiertos hasta el mediodía, y circulación en la calle, so pena de unas horas de charla cívica, hasta las dos de la tarde.

Hoy decidí que por primera vez, en las cuatro veces que he salido tras los abarrotes nuestros de cada día, iría “a pie”, para estirar lo más posible, el aproximado cuarto de tanque de gasolina que tiene el automovil, y de lo cual no tengo seguridad, al correrse el indicador, teniendo que recurrir al “ojometro”; además, que el trayecto caminando a buen paso, desde mi hogar, en las afueras de la ciudad, hasta las cuadras comerciales de la pequeña urbe, es de más o menos, veinte minutos.

Ya casi cuando me alistaba para salir, le di una mirada al teléfono para no llevarlo, y hubo entre tantos mensajes de whatsapp acumulados, luego de una tarde-noche previas sin luz, y sin conexión de datos, dos videos que me aguaron los ojos: el primero, sobre

un niño de unos cuatro o cinco años, que presumo debe ser en España, quien al dar positivo al virus, era “sacado “ de su casa para aislarlo; si, muy triste ver al niño solo, acompañado de varios hombres con trajes de astronautas, que llevaban sus “maleticas” y lo condujeron a una ambulancia, trastocándome esa sensibilidad filial, que solo la supo tan bien expresar el poeta Andrés Bello Blanco, en aquellas estrofas de “Los hijos infinitos”, que dice que “Cuando se tiene un hijo, se tiene al de la casa y al de la calle entera...”. El otro, sobre mi pueblo natal, con sus calles, mis calles, desoladas, íngrimas, bajo el sonido lánguido, pero esperanzador, de la última canción de “La Oreja de Van Gogh”, tan bonita como todas las suyas.

Bueno, me fui, con mi por estos días habitual tapabocas, a intentar realizar rápido las compras, tomando en cuenta, las colas de personas que se están formando por las carencias de los insumos y la necesidad de consumir, y tal vez, también por la búsqueda de productos un poco más económicos, ante la campante inflación, poder preguntar raudamente en unos cuantos establecimientos, a ver si alcanzan para algo más los centavos.

Cuando ya había avanzado unos doscientos metros fuera de mi residencia, vi a una señora de avanzada edad, quien seguro también iría de compras, que me hizo recordar al video del niño. Llevaba puesto un tapaboca, que le cubría era la boca; algo así como, que no era muy necesario.

Ya, pasados unos minutos, haciendo mi primera cola con la precaución de todos, de guardar un metro de

distancia, se paró al frente de mí, un bus a recoger pasajeros, y la mirada me llevó a una ventana del transporte, donde iba una muchacha plácidamente sentada, recostada al vidrio, con el tapaboca en la barbilla y “comiéndose las uñas”. De nuevo, rebobiné los constantes mensajes que se televisan, radian, que “corren” masivamente para cuidarnos, explicando el virus y su rápido contagio, y fue el motivo para que de inmediato decidiera que debía escribir, que al no más llegar al apartamento, luego de “asearme”, tomaría la minilaptop para hacer un relato, sobre algo así como “Notas de la pandemia” o “Días de cuarentena”.

Mientras continué con mi búsqueda del “maná” de los días próximos, hilvanaba ideas sobre lo que debía redactar. Y de esta manera, me conseguí con otras notorias rupturas con el “protocolo” preventivo, como el abogado, al cual reconozco de referencia, que grotescamente se “sacaba” restos de alimentos de entre sus dientes, o el señor que en la nueva cola que yo hacía, parado a un metro de mí, se bajó la mascarilla, para introducir el índice en una de sus fosas nasales. Casos apartes, fueron los de los dos funcionarios de seguridad, que ante el calor sofocante, compartieron a “pico e’ botella” la el envase de dos litros de agua, así como el de una mujer embarazada de aproximadamente ocho meses, por lo que dejaba entrever su prominente “barriga, a quien le colgaba su tapabocas como collar, con una niña pequeña de la mano, desprovista también de protección en su nariz.

Curiosamente, cuando ya estaba de regreso, me llamó profundamente la atención, la presencia de una vieja

indigente del sector, quien muestra siempre trastornos mentales en sus actitudes cotidianas, que portaba de lo más responsable sumascarilla, como si quisiera reclamar su cordura, diciendo que los enajenados son otros, y no ella.

Ahora bien, como colofón, en el mismo lugar cercano a mi “casa” en que me topé con la señora del primer tapaboca de adorno, por cuestiones del destino, la volví a encontrar, la alcancé y rebasé, y lo portaba como al principio, Así salióy así llegó.

Cuando quise sentarme a redactar, se fue la luz, por lo que apenas cierro estas notas.

Los días de La creciente

I

El puente

Corría el mes de junio de 1981, cuando el viejo puente cedió ante la fuerza de ese generalmente tranquilo río. Recuerdo que papá una vez me comentó, que él había trabajado como herrero en la armazón de su estructura de hierro, y la cruz central que lo adornaba en la dirección de la salida del pueblo, la hizo él.

Llovía torrencialmente desde la noche anterior, y estaba yo en el liceo Dalla Costa a las ocho de la mañana, en la clase de Física del profesor Domingo, con el salón medio inundado por el agua que entraba por las rejillas de las ventanas, cuando nos alertó Clementina, la anciana bedel de siempre, que había una crecida del río y que por lo tanto, la Directora, por protección suspendía las actividades para que nos fuéramos de inmediato a nuestras casas; por supuesto, la curiosidad pudo más que la razón, y en cambote, todos los varones nos fuimos a averiguar lo no visto anteriormente, ya que la última creciente, y que arrasó también con otro puente, con vidas y pertenencias, había ocurrido hacia sesenta años antes.

Estábamos pues los muchachos de la sección, parados a la altura de la carnicería de los Torres, entre ese olor a humedad y barro que aun lo tengo presente desde ese día cada vez que llueve duro, y entre truenos y relámpagos, el techo de teja y zinc de mi casa suena a

amplificada metralla, viendo como cada vez el agua marrón subía y subía mas su nivel, hasta que sobrepaso el puente. Aun pasaban carros de un lado a otro. De repente empezó a crujir y moverse esa inmensa armazón de hierro y cemento, y entonces, ante la mirada atónita de los presentes, en su mayoría mozalbetes liceístas, arrastrando los cables de las líneas eléctricas fue desprendiéndose hasta caer. Gracias a Dios ya no habían carros pasando; hacia apenas segundos que el ultimo osado chófer logró cruzarlo vía La Vega.

Pero también recuerdo, como incomprensiblemente en mi insensibilidad adolescente, se confundieron en mi rostro unas cuantas gotas provenientes de mis ojos, con la lluvia que caía. Fue la tristeza por las tantas veces transitadas a diario del añejo puente, para ir al Estadio a las inevitables partidas de fútbol.

Tres décadas después, luego que esta tarde vi las ruinas carcomidas del antiguo Puente “Zumbador”, como un barco semihundido en el fango, rememoro la fuerza terrible de un pacifico río que se crece exageradamente cada cuantos ciclos, para reclamar su cauce robado.

II

El día que nos hicimos solidarios.

Cuando la creciente del ochenta y uno nos aisló, al dejar al pueblo sin puentes y carreteras tapiadas con incontables derrumbes, por unos días, tal vez un mes o mes y medio, nos olvidamos de las clases del Liceo y de lo que más nos gustaba, el fútbol, incorporándonos desde la mañanita a diversas tareas de apoyo.

Cargábamos y apilábamos las cajas de enlatados que llegaban, seleccionábamos ropa y zapatos usados, para repartirlos por los diferentes campos. Pasábamos días enteros, recorriendo a veces una inmensa playa hedionda a chorros y lampreas muertas, y a reses y caballos, que también semienterrados aportaban la mortecina fetidez de la descomposición.

Pienso ahora, que la tragedia nos trastocó sin querer, haciéndonos más solidarios, y permitiéndonos ver con una óptica mas real, las necesidades humanas. Al principio andábamos juntos los de El Recodo: Ricardo, Daniel, Gumer, Taboto, Mario, Alexis y yo; luego se nos unieron unos cuantos “panas” del Liceo, creo que Luis, el Pollino, Pablito y Orlando.

Fueron días muy duros por lo no vivido anteriormente, sobre todo para los jóvenes, que solo sabíamos de la desestimada fuerza del río a través de cuentos de antes, que en tiempos de “verano”, era un hilito de agua encharcada que podíamos cruzar, sin prácticamente mojarnos los tobillos. Más duros para unos que para otros, duplicados en sus miserias, y que agradecían a chorros, el apoyo voluntario de unos imberbes, que se aparecían con pesados morrales, llevándoles unas cuantas sardinas, atunes, diablitos y caraotas de pote que aliviaran el hambre, botellas de agua mineral que lescalmaran la sed, y ropas y mantas para atenuar el frío, y sobre todo una sonrisa y un poco de alegría en medio del barro y la turbulencia.

Si, encontramos en tantos días de recorrer campos, casas tapiadas, esqueletos de animales muertos, y mu-

cha gente con hambre y necesidad de todo. Fuimos a Vega Abajo, por los cerros de Tostós, subimos varias veces a Las Guayabitas, y caminamos las lomas de arriba abajo y de abajo a arriba, durante ese más de un mes de estar aislados por las tres entradas al pueblo, con los tres puentes caídos, y usando carruchas para pasar de lado a lado a la gente, los alimentos, medicamentos, e incluso la poca agua potable, ya que el acueducto fue totalmente deteriorado. Para nosotros era como echarnos la cola y sentirnos en una especie de teleférico, sin haber conocido antes uno.

Supimos también de familias que murieron tapiadas por los barrancos que cubrieron totalmente sus casas, e irónicamente, mientras más pobres más afectados. Por fin entendíamos, para que servían esos cursos de primeros auxilios que nos daban eventualmente los bomberos y esos “chamos” vestidos con bragas naranjas y kakis de los grupos de rescate.

A los dos o tres meses, poco a poco, la normalidad se iba recuperando y la tragedia se iba convirtiendo en un mal recuerdo, en la medida en que los puentes de guerra colocados de emergencia daban paso a nuevos puentes fijos, con bases más firmes que las anteriores, así como por la limpieza de los barrancos, la construcción de un muro altísimo que frenara el caudal violento por el caso del bravo río, las promesas de viviendas para los damnificados, y el arreglo paulatino de toda la infraestructura afectada, el retorno no muy agradable al Liceo a presentar los exámenes finales, y sobre todo, regresar todas las tardes a las incansables partidas de

futbol hasta que los últimos destellos de sol permitían ver el balón de cuadros blancos y negros.

Contenido

El primer pecado	7
Los campaneros de Beethoven	63
El poema del silencio	83
La maga de la risa	85
Un día de cuarentena	89
Los días de La creciente	93

Este libro fue diseñado y exportado
para su publicación en AMAZON por
SULTANA DEL LAGO EDITORES,
en los talleres gráficos del poeta Luis
Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado
federal del Zulia, en el continente ame-
ricano, del planeta tierra; a los 4 días del
mes de agosto de 2023, el mismo día pero
de 1768 en que nació El jurista marabino
Don José Domingo Rus.